



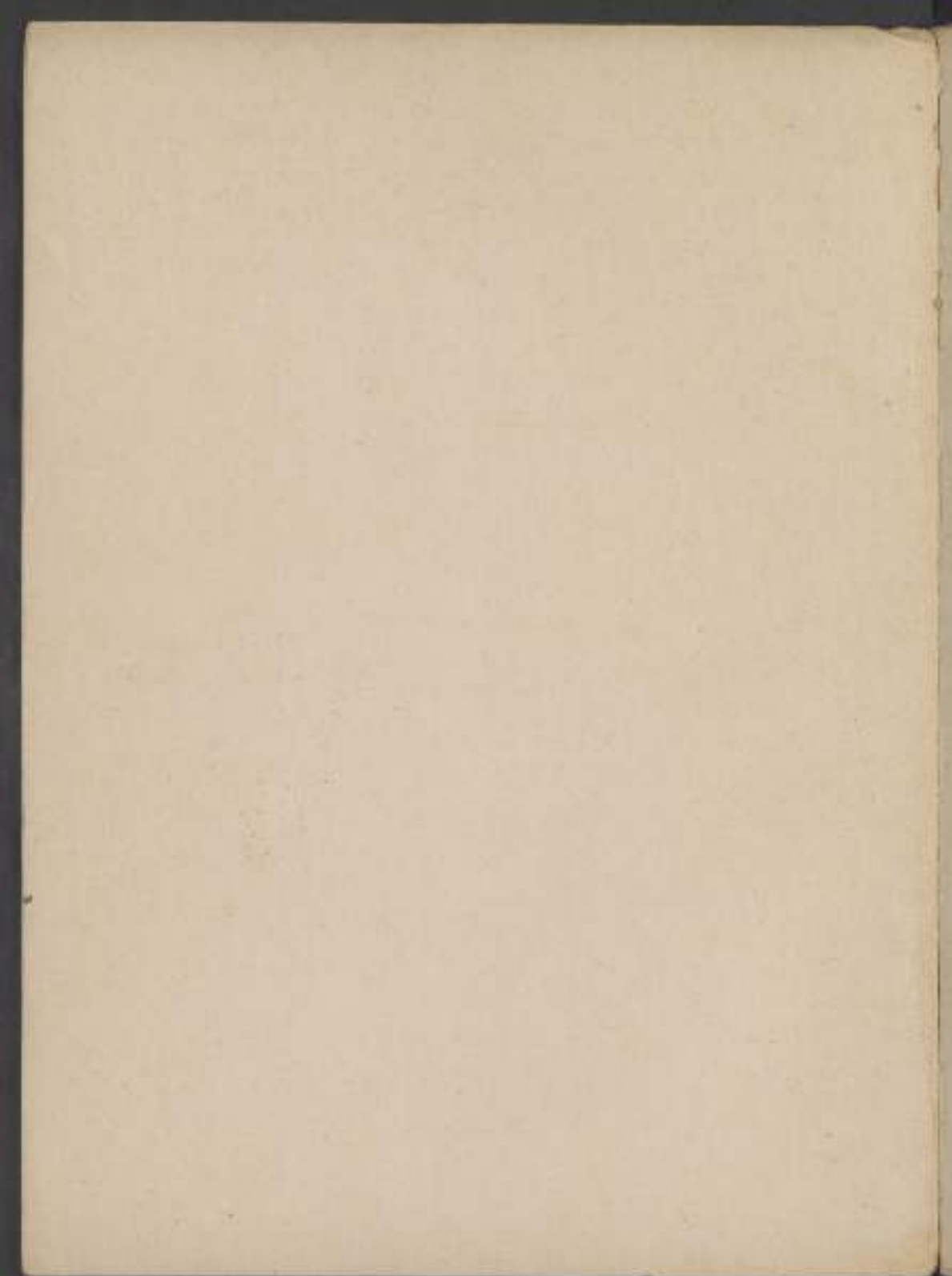
LA NAO

Capitana



Pirella

Barbara Manuel LUNA José NIETO Jorge MISTRAL



ACQUIST LIBRE
ESTÀ EXEMPT DE
PRÉSTEC

Dr. *Amador*

79 (1760)

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

LA NAO CAPITANA

Magnífica superproducción española

Argumento original de
RICARDO BAROJA

Filmsoteca Nacional
BIBLIOTECA
-Barcelona-

Adaptación y dirección de
FLORIAN REY

Producción y distribución

R. 983



SUEVIA FILMS
CESAREO GONZALEZ

FICHA TECNICA

Adaptación y dirección: Florián Rey; Argumento original: Ricardo Baroja; Ayudante de dirección: Fernando Palacios; Secretaria dirección: Angelines Castro; Jefe de producción: Angel Rosson; Secretario de producción: Manuel Rosellón; Operador: Manuel Berenguer; 2.º operador: Juan Mariné; Decorados: Sigfredo Burman; Partitura musical: Rafael Martínez; Interpretación musical: Orquesta sinfónica; Regidor: Pablo Tallaví; Ambientación: Canet-Cubel; Montaje: Bienvenida-Sanz; Maquillador y peluquería: Francisco Puyol; Sastrería: Peris Hermanos; Estudios: C. E. A.; Laboratorios: Madrid-Films; Producción y distribución: Suevia Films-Cesáreo González.

FICHA ARTISTICA

Doña Estrella	Paola Bárbara
El fugitivo	Manuel Luna
Capitán Don Diego	José Nieto
Leonor	Raquel Rodrigo
Piloto Villalba	Jorge Mistral
Ruy Gutiérrez	Rafael Calvo
Trinidad	Lolita Valcarcel
Don Antonio	Jesús Tordesillas
Fray José	Fernando F. de Córdoba
Maestre Barroso	José María Lado
Martín	Manuel Dicenta
Fortún	José Jaspe
Castellana	Naty Mistral
Zalabardo	Manuel Requena
Conchillos	José Prada
Moya	F. Aguirre
Sargento	S. Rivero
Levante	Catalá
Andalucía	Purtado
Ponce	Alvarez Rubio

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Coll :- Valencia, 197 :- Barcelona

LA NAO CAPITANA

(Cuento español del mar antiguo)

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Una oscura noche del año 1640, en un tortuosa calleja sevillana, un par de golillas de la ronda nocturna estaban al acecho de un desconocido al que buscaban por orden del señor Corregidor. Los golillas procuraban pasar inadvertidos y el desconocido, a su vez, temeroso de algo o de alguien, miraba en torno suyo. Era joven y, debido a ciertos detalles de su indumentaria, a su aspecto físico y a su expresión, parecía, más que español, moriçeto o gitano.

Nuestro hombre, al llegar en mitad de la calle, levantó de repente la cabeza y emitió un extraño silbido que no fué contestado. En vista de ello volvió a repetirlo mientras miraba fijamente hacia una ventana. Los golillas le observaban pegados a uno de los muros de la calleja.

—¿A quién llamará? — preguntó, intrigado, uno de ellos.

—No lo sé — replicó el otro—. Prepárate para atacar y no olvides que el señor Corregidor lo quiere vivo y coleando...

En la ventana a la que, al parecer, se dirigían los silbidos del desconocido, apareció la silueta imprecisa de una mujer. Los ojos del desconocido brillaron en la oscuridad. Una luz se movía al otro lado de los cristales del ventanal. Entonces el hombre volvió a silbar con más fuerza que antes. En aquel instante, uno de los golillas, sin temor alguno a ser visto, salió de la sombra y preguntó al desconocido:

—¿Os divierte ese juego?

El hombre, al oír la voz, dió una rápida media vuelta y se llevó inmediatamente la mano al pomo de la espada.

—¿Vuestra dama, por lo visto,

no os quiere complacer?—inquirió el golilla con alguna sorna, mientras su compañero se acercaba también al desconocido.

Este, sin embargo, no se dió por aludido. Pero el golilla continuó:

—Yo, en vuestro lugar, dejaría la calle. ¿Qué os parece si los tres juntos nos diéramos un paseo hasta la catedral?

El desconocido, entre sereno y divertido, miró un momento a los dos golillas y después hacia la ventana. La luz se había apagado y la silueta se había diluido en la oscuridad. Sonrió entonces satisfecho y, mientras se retorcia la punta de su negro mostacho, dijo:

—Me parece, señores, que extremáis demasiado vuestro celo. ¿Desde cuándo es delito en Sevilla rondar la reja de una dama?

—¡Ah!, yo no sé si lo será—respondió el golilla que hasta entonces había hablado, soltando una carcajada—. El señor Corregidor os lo puede decir. ¿Queréis acompañarnos?

—¿Y si me niego a ir?—preguntó el desconocido con aire de suficiencia.

—Me obligaríais a pedirlo de otra forma y... ved que somos dos—le dijo el golilla, al tiempo que se desembozaba para indicarle que estaba dispuesto a emplear la fuer-

za de las armas si era preciso.

Pero el desconocido no se intimidó, todo lo contrario, se quitó la capa y desnudó su espada.

—Es lo mismo. Lo que siento es que no os haya acompañado el propio señor Corregidor... ¡En guardia!

Y, uniendo la acción a la palabra, levantó su acero, aguardando el ataque, que no se hizo esperar. Las tres espadas se cruzaron a un tiempo.

Era evidente que el desconocido llevaba desventaja en la lucha. Por muy buen espadachín que fuese, y lo demostraba, eran dos sus contrarios y los dos tampoco le iban a la zaga en el manejo de la espada. Dando golpes a derecha y a izquierda, nuestro hombre, velando por su seguridad, fué retrocediendo y al llegar ante unos escalones que conducían al portal de una de las casas de la calleja, los subió de un salto y desde lo alto y con la espalda cubierta, siguió defendiéndose de sus atacantes.

Mientras el rítmico chocar de los aceros ponía su nota trágica en la oscuridad silenciosa de la calleja, en otra cercana, un grupo numeroso de golillas se había parado a escuchar su ruido y discutían el lugar de su procedencia sin ponerse de acuerdo. Ante la duda, la ronda

optó por dividirse en dos grupos. Ambos se lanzaron corriendo por las angostas callejas en dirección distinta, mientras las débiles lucecillas de sus faroles iluminaban tenuemente la densa oscuridad que las envolvía y el ruido de los aceros seguía resonando en la noche.

Pero debía ser por poco tiempo, porque el desconocido, al lanzarse a fondo sobre uno de los golillas, dió lugar a que éste, al hacer un movimiento para evitar la estocada, cayese al suelo, lo que fué aprovechado por nuestro hombre para lanzarse rápidamente sobre el otro golilla y atravesarle de parte a parte. Este, con la espada clavada en el cuerpo, lanzó un gemitó y dió en el suelo, herido de muerte. El otro golilla, que se había levantado, al ver desarmada al desconocido se precipitó hacia él, pero éste no le dió tiempo a acercarse demasiado. Su mano, armada con un puñal, se clavaba en el pecho de su atacante.

En aquel momento, por el fondo del callejón aparecieron las lucecillas de la ronda. Nuestro hombre no tenía tiempo que perder. Recogió aceleradamente su capa del suelo y acto seguido, pegándose a los mu-

ros, hayó precipitadamente por la calleja mientras sonaba su extraño silbido.

A su conjuro, la ventana, sin luz tras los cristales desde el principio de la lucha, se cerró lentamente. Sus maderas sólo estaban entornadas hasta aquel momento. Alguien las tuvo de esta forma para poder seguir el curso de la pelea. Y este alguien, terminado el combate, se retiraba en el momento que los golillas de la ronda se aproximaban corriendo.

Uno de ellos gritó a sus compañeros al tiempo que llegaba junto a los dos golillas muertos:

—¡Seguidle!... Unos por la plaza y otros por la calle del Mar.

Después, volviéndose a los que junto a él estaban, añadió:

—Vosotros, quedaos...

Los de la ronda salieron en persecución del fugitivo, y el que acababa de hablar se fué acercando hacia los dos compañeros que yacían en el suelo, casi juntos. Agachóse, se incorporó a poco y, quitándose el sombrero, al tiempo que los demás también se descubrían, dijo:

—Nada podemos hacer. Que Dios los perdone.

* * *

En la Giralda daban las doce campanadas de la medianoche. El sonido de las potentes y sonoras campanas caía sobre el silencio de las calles y plazas.

A esta hora y en el convento de la Merced se encontraban varios personajes sentados casi todos ellos alrededor de una mesa sobre la que destacaba la airosa silueta de un barco velero que tal vez simbolizara un afán de singladuras y horizontes. A su lado, una Cruz señalaba acaso otras fejías, más allá de tierras y mares, que sólo las almas podían ambicionar.

Junto al velero estaba el Capitán de la Marina de Su Majestad Católica, don Diego Ruiz de Arcaute. Era un caballero de unos treinta años, alto, apuesto y varonil. Junto a él, Fray José de Aspiázu, un vasco parlachín y jovial, capaz de borrar la difícil misión de convertir infieles con la más comunicativa y risueña de las alegrías. Tras él, en pie, Fray Antonio Vivanco, hombre sencillez, pausado en sus co-

sas y comedido en sus palabras. Y muy cerca, sentado, el padre Prior, con su venerable barba blanca que, unida a los rasgos de su santa ancianidad, le prestaba un aire de hombre iluminado, de ser que vivía más cerca de las cosas del Cielo que de la tierra.

—Y proteje, Señor—rezaba la voz del viejo Prior en aquel momento—, en esta hora al caminante y al marino, al que lucha por su Dios y su Patria, al que muere bendiciendo tu nombre y al que se encuentra en pecado mortal...

—Así sea—dijo fray José suavemente.

Se levantaron las cabezas que habían permanecido devotamente inclinadas durante la oración. Fray José, como si continuara una conversación que hubiese sido interrumpida por el rezo, cogiendo entre sus manos el pequeño navío de tres palos, dijo:

—Entonces, capitán, no estás muy conforme con mi obra de arte.

—No es eso. Vuestro navío tie-

ne el mismo defecto que mi nao "Capitana". La altura desmedida del alcázar de popa...

—Pero eso no es un defecto— interrumpió fray José—. Desde un alcázar alto se domina mejor la cubierta en caso de ataque.

Y es que la obsesión de fray José eran los piratas... porque en seis viajes ultramarinos le habían atacado nada menos que cuatro veces.

—¿Crefis que corre peligro en éste?—preguntó el padre Prior al capitán, al tiempo que le ofrecía un cuenco lleno del más exquisito licor monacal.

Don Diego, recogiendo el recipiente entre sus manos, contestó entre sonriente y preocupado:

—Puede ser. Hay un pirata inglés merodeando desde las Antillas al Cabo de San Roque, en la costa del Brasil.

Pero don Diego tenía la más absoluta confianza en las condiciones marineras de su nao "Capitana", construida solidísimamente con las mejores maderas cubanas y, lo que era mejor todavía... artillada con cuarenta cañones entre la cubierta y el entrepuente y con una magnífica culebrina a proa.

Sonrieron todos ante la expresión del capitán y el padre Vivanco salió de su habitual concentración y mutismo para preguntar:

—¿Y lleváis mucho pasaje?

A lo que respondió don Diego:

—Aparte de vuestras paternidades, un alto empleado de la curia con su esposa y dos hijas que se quedarán en Río de la Plata; unos cuarenta colonos para las tierras del Perú y Nueva España y dos docenas de presidiarios que dejaré en los puertos del Magallanes...

Pura el viaje no se iba a limitar al cruce del Atlántico, sino que la nave seguiría hasta Acapulco y, atravesando el Océano Pacífico, llegaría hasta Manila siguiendo las antiguas rutas de Quirós y Mendoza.

Fray José, hijo de un gran marino de Euenterrabia, sentía en aquellos momentos, y así lo expresaba, no poder acompañar hasta el final del viaje al capitán don Diego.

Esto se volvió hacia el padre Vivanco para preguntarle si era la primera vez que se embarcaba, a lo que éste respondió que sí.

—¿Y no os preocupa abandonar, quizá para siempre, el suelo de la patria?—preguntó el capitán.

—Para nosotros cualquier suelo es bueno—respondió el padre Vivanco con su dulzura característica—. Nuestra Patria está donde hay infieles que convertir.

Fray José intervino en la conversación:

—Es verdad. Pero lejos de Espa-

lla es cuando se siente a España con más fuerza.

—Y cuando es mayor el orgullo de llamarse español — replicó don Diego—. Yo, en mi nao "Capitana", me encuentro tan cerca de ella como en la tierra firme. ¡Es para mí algo así como una madre, como mi pueblo! Un trozo desprendido de España, que empujado por las olas, los vientos, las corrientes, pasa el mar y llega a otras orillas...—y mirando al barquito que estaba sobre la mesa, prosiguió—: Verán sus mercedes en mi barco toda la variedad de los reinos españoles. Se han enrolado vascos, castellanos, gallegos, aragoneses, andaluces, levantinos... Salgo del puerto con la nave convertida en Torre de Babel... Como el viaje es largo, todos van dejando un poco su habla nativa y, al

llegar a las Indias, prevalece el romance castellano...

—Verificándose con ello el milagro contrario al que Dios Nuestro Señor hizo en las orillas del Eufrates, ¿no es eso? — dijo el padre Prior.

—Así es; se unen las lenguas y los sentimientos y no hay más que españoles.

—Con un mismo idioma y un mismo sentir se harán grandes cosas en las Indias.

—Grandes cosas se harán y grandes pueblos—dijo el capitán—, que han de ser, cuando corran los años, como viejos galeones anclados tierra adentro cuyos habitantes, nietos de los tripulantes de hoy, sentirán a España, hablarán en español y rezarán con el idioma de la Madre Patria...

* * *

Anclada en el puerto, la nao "Capitana" apenas se distinguía en la noche negra y brumosa; su fino aparejo se perdía en las tinieblas, al igual que los aparejos de los otros buques anclados a su alrededor.

Apoyado en la borda de la nave, maestro Barroso miraba hacia la ciudad en la que relucía alguna que otra débil lucecilla. A la mortecina luz de un farol, el rostro de maestro Barroso aparecía renegrido bajo el gorro pardo que cubría su frente. De repente, sonrió, enseñando sus dientes mordidos por la carie, y gritó con un fuerte acento gallego:

—¡Ah, Villalba! ¡Preveníos, que ya llega la flor y nata de las galeas de su Majestad Católica!

El piloto Villalba, sentado sobre uno de los muchos fardos que se amontonaban en la borda, se levantó al tiempo que decía:

—Está bien, maestro Barroso. — Y luego, dirigiéndose a la pasarela del navio, añadió: ¡Ya están ahí, muchachos! Ponedlos tres a un lado

y tres a otro para que podáis apuntar mejor si llega el caso. —Y mientras esto decía, el piloto ibase acercando a ellos—. ¡Y al que se desmande le metéis una pelota de plomo en el cuerpo!

Los seis marineros empujaron a colocarse como les ordenaba el piloto y, mientras tanto, en lo alto de la pasarela, el maestro Barroso, con su sonora pata de palo, que retumbaba enormemente al andar, inquiría del piloto Villalba qué debía hacer con los galeotes que llegaban.

—¡Estibelos en el sollado de proa!—le dijo éste—. Hasta que no estén seguros con los que nos trajeron ayer no entrará la gente de paz. ¡Y mucho cuidado! Son pájaros de muchos vuelos y volarán si encontrasen ocasión.

—¡Bah! Señor piloto—repuso el maestro cojo— No lo intentarán. En las Indias volarán a sus anchas.

Dicho esto, dió media vuelta disponiéndose a cumplir las órdenes que acababa de recibir y se alejó

bambolcándose como si el barco, en vez de anclado y a resguardo de las tormentas, estuviera capeando un temporal.

Mientras tanto, en el muelle se apilaban las mercancías y fardos, formando un laberinto de callejones por el que discurrían los emigrantes en pequeños grupos. Otros estaban recostados indolentemente sobre aquellos mismos bultos, pero se incorporaron para poder ver mejor a la cuerda de galeotes que se aproximaba.

El sargento que los mandaba ordenó el alto al llegar junto a la pasarela en la que estaban los seis marineros con el arcabuz prevenido.

—Dios os guarde, señores—dijo el sargento, dirigiéndose hacia el piloto Villalba que estaba recostado sobre la borda—. ¿Es ésta la nave que llaman "Capitana"?

El piloto le respondió afirmativamente y le preguntó a su vez si traía la lista de galeotes que debían embarcar. Y como aquél asegurara poseerla, tomando la lista, el piloto leyó alto los nombres en ella escritos. Al ser nombrados, los presos se destacaban de la cuerda, se descubrían y, dándose a conocer, ingresaban uno a uno en el barco.

—Miguel Morera, de Ayamonte, galeote—decía la voz.

Hasta el menos profundo de los

observadores hubiera notado la calidad y hechos de cada uno de los expresivos truhanes, todos ellos de la más baja gallofa; pícaros, espadachines, tahurea... todos los mejores ejemplares de la picaresca.

—Arri... che... co... za... bal... ¡Arríhecosábal! —dijo por fin el piloto Villalba, al que se le había atragantado el nombrecito vasco—. ¡Vaya, ya salió!... Y Pedro García de Toledo.

Y así iban desfilando poco a poco todos los galeotes. Por último, el piloto daba fin a la lista:

—Frasco de Villahona, mendigo y ladrón. Martín López, estudiante y catedrático de pillerías. —Y después de comprobar en el papel los antecedentes del último galeote, añadió—: ¡Vaya nota, hermano! Fué ahorcado en Salamanca, pero resucitó antes de que le hicieran cuartos...

—Vengo del otro mundo y voy al otro mundo.

El ex ahorcado, sonriendo, cruzó la pasarela.

Era un muchacho joven y, por lo visto, alegre y despreocupado, y por su doble condición de estudiante y galeote, ingenioso y listo.

Ante la rapuesta dada por Martín López, el piloto dijo en voz baja:

—Ya os enseñaré yo durante el

viaje unas cuantas cosas mejor que en Salamanca.

Y después de comprobar que no faltaba ningún galeote más, se despidió del sargento, que partió inmediatamente con sus hombres. Acto seguido ordenó a los marineros que condujeran a la bodega a los penados.

Mientras tanto, amparado por la oscuridad y oculto detrás de los bultos que había en el muelle, procurando no ser visto, al tiempo que el sargento y sus hombres pasaban por su lado sin sospechar su existencia, permanecía el desconocido que hacía unas pocas horas había dado muerte a dos alguaciles en una calle sevillana.

Maestre Bartoso, una vez los galeotes fueron conducidos a la bodega, se dirigió hacia la pasarela y, mirando hacia el muelle, preguntó al piloto Villalba que en él se hallaba:

—¿Llamo a la gente de paz?

—Sí. El capitán no tardará mucho y quiero que lo encuentre todo en orden.

Entonces Barroso, haciendo bocina con las manos, gritó imperativamente al grupo de emigrantes que esperaban en el muelle:

—¡Eh... amigos...! ¡Acérquense...! Y tráiganme los hatos y las alforjas.

Los hombres recogieron los bultos mientras las mujeres arropaban a sus pechucuelos y, juntos, se dirigieron hacia la pasarela en espera de ser llamados para subir a la nao.

—¡Vamos a ver... Juan Romero de Córdoba y cinco más...! ¿no es eso?—preguntó el piloto Villalba.

—Sí, señor... eso es...

El que había contestado era un muchacho joven, con pañuelo en la cabeza y tufos en las orejas. Le acompañaba un grupo de cinco, entre hombres y mujeres, todos ellos de un color moreno aceitunado que delataba a la legua su ascendencia gitana.

Los numbrados, una vez comprobada su identidad, subieron al buque. Y a éstos siguieron otros. Los había de todas las edades y de todos los lugares de España: andaluces de piel morena; huertanos del Levante, vestidos con sacagüelles y calzados con alpargatas de cáñamo; castellanos de rostros apengaminados por el aol y vestidos con ropas oscuras, como aquel hombrecillo de anguarina parda llamado Rui Gutiérrez que había venido desde las tierras de Burgos que riega el Duero.

Ese Rui Gutiérrez, antes de pisar la madera del barco se quitó la montera, se arrodilló con algún

esfuerzo y, puestas las manos sobre el suelo, besó la tierra.

—¿Qué hace, buen hombre?—le preguntó Villalba.

—Ya lo veis, señor marino... Mal me ha ido por acá, pero eso no quita para que uno quiera a la madre... aunque más fué madrastra con nosotros...

Al tiempo que los emigrantes habíanse acomodado en la nao, un marinero llamó la atención del piloto sobre un hombre que permanecía parado en el muelle desde que habían llegado los galeotes.

—Parece que busca algo.

—Sí,—dijo Villalba después de otear en la dirección señalada por el marinero.—Hay que tener mucho cuidado para que no se nos meta en el barco ningún malcante... Voy a ver qué quiere este pájaro... Tú ocúpate de cerrar las portas de los cañones...

Y mientras el marinero se fué a complimentar la orden, el piloto Villalba se encaminó hacia el desconocido. Este, que hasta aquel momento había contemplado con un cierto interés el barco, al darse cuenta de que uno de sus hombres se dirigía a su encuentro, se cubrió el embozo de la capa hasta cubrir su cara para así evitar que su identidad fuese reconocida.

—¿Qué quiere el embozado...?—

preguntó el piloto que se había dirigido resueltamente hacia el desconocido al comprobar, pues la capa caía lisa alrededor de su delgada figura, que no llevaba espada.

El hombre no supo qué contestar y balbució algunas palabras incoherentes:

—¿Yo...? Nada... Es decir... Supuse que el barco iba a partir y...

Pero Villalba le interrumpió impaciente:

—¿No os parece que para hablar con las personas hay que enseñar el mascarón de proa?

El desconocido, dándose por aludido, bajó un poco el embozo y mostró la color cetrina de su cara y su negra y ensortijada barba.

—Bien... Así está mejor... ¿Tratabais de embarcaros?

—Sí—contestó el desconocido.

—¿Y no sabéis que esta nave es de la armada de Su Majestad y para tomar bordo en ella hace falta un permiso especial?

El desconocido lo sabía y así se lo dijo al piloto, pero también suponía que este permiso no le haría falta a quien como él sabía hacer la maniobra por haber viajado mucho por las costas de Argel, Génova y las del turco y sabía tomar la altura y leer las cartas de los cosmógrafos. Pero el piloto le desilusionó.

*—Ni el mismo capitán puede daros permiso... Buscad ocupación en otro barco.

Pero el desconocido estaba encariñado con la "Capitana", así se lo dijo al piloto.

—Me gusta el vuestro... Parece muy ligero...

—Lo es... En cien leguas de travesía le sacaría diez de ventaja a cualquier otro de la marina mercante o real...

—Tal vez por eso embarca en él don Antonio Fernández de Sigüenza... —Inquirió el desconocido—. Tendrá prisa de llegar a las Indias.

El piloto le miró fijamente e, intrigado, le preguntó:

—¿Cómo lo sabéis?

El desconocido, aparentando naturalidad, le respondió:

—Lo oí decir en la posada... ¿No es cierto?

Villalba, ya sin recelo de ninguna clase, le contestó:

—Sí... En él embarcan don Antonio Fernández de Sigüenza, su esposa y sus dos hijas...

Una rica carroza tirada por dos hermosas y fuertes mulas negras corría, dando tumbos, por el desigual pavimento de las calles sevillanas. En su interior iban don Antonio Fernández de Sigüenza, su esposa doña Estrella y sus dos hi-

jas Leonor y Trinidad. Los cuatro se encaminaban hacia el puerto donde habían de embarcar en la nao "Capitana" hacia las lejas Indias.

En aquel momento no era, sin embargo, ni el viaje ni las nuevas tierras a las que se dirigían, el motivo de la conversación que sostenían. Otro hecho recién ocurrido poco tiempo hacia los tenía intrigados. Doña Estrella, una bella dama de ojos tristes y a la par apasionados, sentada junto a su esposo en el asiento posterior del coche, trataba de adivinar la personalidad del desconocido que aquella noche, debajo de su ventana, había dado muerte a dos golillas. A su entender, se trataba de un buen espada-chín, puesto que los alguaciles de la ronda tenían fama de manejar bien el acero. Don Antonio, un caballero de bigote y barba entrecanos y de airo venerable y bondadoso, no era de la misma opinión:

—Pudo matarlos por sorpresa...

¿Oísteis ruido de armas?

—Sí, pero no quise asomarme...

—¿Y vosotros? ¿Lo oísteis también?—preguntó don Antonio a sus dos hijas.

Trinidad, una morena de pelo negro y brillante y ojos rasgados, se apresuró a contestar:

—Yo sí. Oí hablar, disputar...

Miré a través de la celosía y no pude ver nada.

Leonor, más joven que Trinidad, de cabello entre rubio y castaño y ojos claros, confirmó lo dicho por su hermana:

—Lo mismo me pasó a mí. No logré ver al hombre, pero le oí silbar. Un silbido muy extraño. Era como una señal amorosa.

Mientras Leonor hablaba, su hermana la miraba con una sonrisa entre los labios. Leonor, al hablar del desconocido, se había expresado de la manera que solía expresarse cuando de lancea de este tipo se trataba. Era la muchacha de temperamento sensible y soñador. Excesivamente imaginativa acostumbraba sacar consecuencias inaspechadas de hechos a veces sin importancia alguna.

—¿Vaya!—dijo su hermana—. Ya

te has arreglado una novela con la aventura.

Pero esta vez, como sabemos, Leonor no mentía.

—Te aseguro que silbó—afirmó, ajustándose a la más estricta verdad.

El rostro bondadoso de don Antonio se iluminó con una sonrisa comprensiva y condescendiente.

—¿Vais a regañar por eso?

Y seguidamente se lamentó de que fuese por su culpa que su esposa y ellas se hubiesen llevado aquel suato. De haber salido a tiempo de Carmona hubieran podido embarcar aquella misma tarde, a las ocho, que era la hora que le había indicado el capitán para encontrarse a bordo, y, encontrándose en el barco, se hubiesen ahorrado aquel triste incidente.

* * *

Mientras don Antonio se dirigía hacia el muelle donde estaba anclada la "Capitana", acompañado de su esposa y de sus hijas, en el mismo muelle y avanzando por los callejones que formaban los fardos y precedido de un marinero con un farol encendido, avanzaba el capitán don Diego en compañía de fray José y del padre Vivanco. El marinero, que acaso había bebido un poco más de la cuenta en el convento de la Merced, donde había estado en compañía del lego repostero con el que se habían hecho grandes amigos, hacía oscilar de tal manera el faro, mientras andaba que se pasaba de la claridad a las tinieblas sucesivamente y como obedeciendo al balanceo de su cuerpo. En uno de estos momentáneos eclipses de luz, el capitán tuvo que dar un salto para sortar un cajón que encontró a su paso, al propio tiempo que fray José lanzaba una exclamación de dolor, pues acababa de darse un golpe con un objeto hallado

en la trayectoria que seguía más por instinto que por otra cosa.

—¿Estáis seguro de que nos lleva al barco? A lo mejor queda al otro lado del muelle—dijo fray José al capitán, temeroso de no salir muy bien parado de aquel laberinto.

—No preocuparos—dijo don Diego, sonriendo—. Pedro Bernádez, de Fuencerrabía, ha dado varias veces la vuelta al mundo y ha despedido por los mares del Norte más ballenas que pelos tiene en la barba.

Sin embargo, el capitán no las tenía todas consigo. Aunque el marinero seguía sin vacilar su camino, la "Capitana" seguía también sin divisarse.

—¡Eh, Pedro! —gritóle.

El marinero se paró de golpe. La luz del farol, entonces firme, alumbró las mercancías apiladas alrededor de la comitiva: montones de leña, pirámides de lingotes de plomo, algarrobas tapadas con viejas velas, fardos de pieles y saquitos

pequeños de especería. Más allá se divisaban los resplandores de las hogueras que los guardianes del muelle habían encendido para combatir el frío húmedo que junto con la bruma se extendía por el muelle.

El capitán, en vasco, preguntó al marinero si el camino que seguían era el camino para ir al barco. A lo que contestó, mitad en vascuence, mitad en castellano, el marinero de Fuenterrabía:

—Bajo fuego de cañón de la capitana, estamos.

—¿Seguro?

El marinero sintió y, luego, para desvanecer cualquier duda, dió un manotazo a una pila de sacos que les impedían la visualidad y dijo, señalando con la mano extendida hacia delante:

—Miren sus mercedes...

Efectivamente, aunque apenas se distinguían sus apartijos, sumergida en la neblina que casi la envolvía por entero, apareció ante sus ojos la vaga forma de la "Capitana".

* * *

Mientras el capitán y sus acompañantes se dirigían hacia la nave, nuestro desconocido, escondido tras los fardos del muelle, continuaba rondando el buque. En aquel momento el centinela que hacía guardia en el navío pasaba junto a la regala; luego se volvió de espaldas al lugar en que se encontraba el desconocido y, confiado, se alejó tarareando una cancioncilla flamenca. Lo que aprovechó nuestro hombre para acercarse al barco veloz, al que llegó procurando no hacer ruido. En cuanto estuvo junto a la borda se paró y estuvo escuchando durante un rato. Se oían

imprecisos los rumores del barco, alguna que otra palabra suelta, un silbido, la letra de una canción dicha entre dientes y el monótono rumor de las aguas del río que chocaban contra el casco de la "Capitana". El desconocido avanzó unos pasos y miró hacia arriba buscando la manera de penetrar en la nave. Sus ojos se clavaron en la porta de un cañón que estaba a medio cerrar.

El desconocido avanzó unos pasos más hacia el costado del buque, presto a penetrar en él por la abertura que acababa de descubrir. En aquel instante, sin embargo, resonó

en la noche el silbido del centinela. Y el hombre tuvo que esconderse rápido tras la sombra que proyectaba una de las velas, pues el centinela aparecía al poco tiempo junto al farol y, sin sospechar que a pocos pasos se encontraba el desconocido, miró tranquilamente al muelle y continuó su paseo habitual.

Una vez se hubo perdido de vista el centinela, el hombre salió rápidamente de su escondite y, de un ágil salto, se sujetó a una maroma y, feliamente, subió por ella hasta conseguir que sus pies se colocaran en la borda inferior de la porta. A riesgo de que la pesada trampa le destrozara una pierna, consiguió meter un pie por debajo y, haciendo inauditos esfuerzos, consiguió levantar la porta hasta poder sostenerla con la rodilla. Después se deslizó hasta la cintura. Y, por fin, aguantando el peso de la porta con la espalda, consiguió penetrar en el buque. Después escondióse de momento debajo de la cureña del cañón. Luego se volvió para otear a su alrededor: un farol colgaba en el entrepuente, aunque su luz, por mortecina, apenas alumbraba a dos pasos de distancia; los cañones negros sobre cureñas con ruedas de madera se alineaban uno detrás de otro; del techo, colgadas en fila, varias hamacas se curvaban con el

peso de los cuerpos durmientes.

Uno de los marineros dormitaba sentado en el escalón más bajo de la escalera. El desconocido, que se había dado cuenta de ello, observó que se movía y se colocaba mejor el mosquito entre las piernas. Pero después dió un resoplido y continuó durmiendo. En el suelo, sobre sacos y mantas, yacían mujeres y niños. De una de las hamacas se oyó una voz que, entre débiles suspiros, gemía tristemente:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Al mismo tiempo, lejano, sonaba otra voz que llamaba a la guardia. El desconocido, temeroso, escuchaba con los nervios en tensión.

—¡El capitán Don Diego Ruiz de Arcaute!...—gritó de nuevo la misma voz.

El desconocido, tranquilizado y al propio tiempo vencido por las emociones sufridas a lo largo de la noche, cerró los ojos e, incapaz de hacer ningún movimiento, se dejó caer junto al cañón y apoyó su frente en el helado metal.

La lastimera voz de la mujer de la hamaca seguía repitiendo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!...

El capitán Don Diego Ruiz de Arcaute, Fray José, el padre Vivanco y el marinero de Fuenterrabía, estaban al pie de la pasarela junto al centinela, al tiempo que sa-

lian del interior del barco el piloto Villalba, el segundo piloto y dos marineros. El capitán hizo la presentación de sus dos pilotos a los frailes:

—Os presento a mis dos pilotos Villalba y Torrente. Ellos os conducirán a vuestros camarotes.

Después, dirigiéndose al primer piloto, añadió:

—Yo voy a recibir a Don Antonio de Sigüenza... He visto su carroza doblar la esquina del malecón.

Efectivamente, al poco de pronunciar estas palabras se oía el tintineo de las campanillas de las mulas del carruaje.

—Mandad cuatro hombres para recoger el equipaje...—ordenó Don Diego a Torrente.

Y mientras los dos frailes, acompañados de Villalba, penetraban en el barco y el segundo piloto iba a la búsqueda de los cuatro marineros, la carroza de Don Antonio se iba acercando al buque hasta detenerse junto a la pasarela. El caballero, que fué el primero en bajar, dió las buenas noches al capitán y se excusó por su tardanza. Pero Don Diego lo tranquilizó:

—Yo también acabo de llegar. Me invitaron a cenar en el convento de la Merced...

Luego, Don Diego, después que

hubo ayudado a descender del carruaje a Doña Estrella, su esposa, presentóla al capitán y también a sus dos lindas hijas, Trinidad y Leonor.

Don Diego miró fijamente a la primera muchacha y le besó la mano. Y aunque también besó la mano de Leonor, lo hizo casi maquinalmente y por pura cortesía. Era evidente que Trinidad había despertado con su presencia algún sentimiento que acaso el capitán creía dormido para siempre. Y no era menos evidente que a Trinidad no le desagradaba que el capitán pudiera abrigar tal sentimiento hacia su persona.

Mientras Don Antonio ponderaba las dotes de gran marino del capitán ante sus familiares, Don Diego no dejaba de ponderar también, aunque sólo fuera con la vista, las bellezas de Trinidad, a la que no le quitaba los ojos de encima.

—Don Diego es un gran marino que ha pasado victorioso el pabellón de España por todos los mares del globo...—decía Don Antonio.

A lo que Don Diego contestó, dejando por un momento de contemplar a Trinidad:

—Os agradezco vuestro cumplido, Don Antonio... Es cierto que

hicc viajes muy difíciles, pero nunca llevé en mi nao unos pasajeros a los que me interesara tanto complacer — y al pronunciar las últimas palabras dirigió una significativa mirada a Trinidad.

Esta le replicó sonriendo:

—Los pasajeros están a vuestras órdenes, capitán... Ya sé que en un barco, después de Dios, el capitán es el que manda...

—En este viaje — dijo cortés Don Diego — se hará una excepción. Vuestras mercedes mandarán en mí...

—¡Ah! ¿sí?—dijo Trinidad alegremente—. Pues desde este momento os relevo de vuestro cargo. Yo me pondré en el alcázar, que por cierto no sé dónde está, y desde allí dirigiré la maniobra...

A lo que Don Antonio tuvo que objetar:

—Y nos hundiremos todos antes de salir de Sevilla.

—Entonces, me quedará de segundo a bordo.

Ante esta ocurrencia se sonrieron todos; al tiempo que iniciaban su marcha hacia la pasarela.

—Ya veo que no os asusta el mar. ¿Y a vos?—preguntó el capitán a Leonor.

—Yo tengo mucho miedo. ¿Habrá tormentas?

—Quizá...

—¿Cómo quizá?—exclamó Trinidad—. ¡A mí no me den un viaje sin tormentas! ¿Acaso el barco no es fuerte?

Don Diego se detuvo junto a la pasarela y dijo con orgullo:

—A la "Capitana" no le asustan ni los golpes de mar, ni los tornados, ni las andanadas que pueda enviarle un bacanero o un caballero de fortuna.

La hija mayor de Don Antonio le miró extrañada:

—No sé quiénes son esos señores...

—Los piratas...

—Pero, ¿podemos encontrar piratas en nuestra ruta?

Don Diego la miró sonriendo y le contestó afirmativamente. Y como Leonor preguntase cómo eran, el capitán añadió:

—Gente mediana... Buena para colgarlos de las vergas...

—¿Colgarlos? ¡Pobrecillos!—exclamó Trinidad al tiempo que se estremecía con sólo imaginarlo.

Don Antonio, terciando en la conversación, explicó al capitán:

—Mi hija tiene muy buenos sentimientos... Quiera Dios que no tenga que cambiar de opinión durante el viaje.

En aquel momento apareció el piloto Villalba. Pronto empezaría a bajar la marea y era conveniente

que la nave estuviese prevenida. Don Diego dió orden de preparar la maniobra y seguidamente invitó a Don Antonio y a su familia a que subieran al barco y luego a que tomaran con él una taza de café.

—¿Café? —preguntó Trinidad—. ¿Qué es eso?

—Una bebida que se prepara con unas semillas del Brasil... Es buena contra el mar y os quitará el sueño si queréis ver la maniobra de salida.

Al tiempo que el grupo desaparecía por la pasarela, por el espacio abierto entre las pilas de fardos del muelle avanzaban jadeantes dos hombres. Uno de ellos, regordete, de aspecto risueño, de larga capa y ancho chambergo, llevaba sobre el hombro derecho un haz de espadas y floretes atados con una correa. El otro, enjuto y de facciones angulosas, le seguía a grandes sacadas.

—No puedo correr más...

—¡No puedo... no puedo...! —dijo el hombre gordo—. Si yo tuviera vuestras carnes estaría ya en el camarote.

Mientras la pareja se dirigía a toda prisa hacia la "Capitana", el piloto Villalba comprobaba si las portas de los cañones estaban bien aseguradas, al tiempo que daba la orden de que se cerrase el paso

que conducía a la nave y no se permitiese la entrada o salida de persona alguna sin permiso del capitán.

En aquel momento se oyó la voz de uno de los dos hombres que hacia la "Capitana" se dirigían, que preguntaba a grandes gritos si era aquella la nave que buscaban.

—Esta es—replicó el piloto Villalba.

—¡Gracias a Dios! —suspiró el portador de las espadas y floretes—. Vamos, compadre...

El individuo delgado que le acompañaba sonrió satisfecho de dar término a la carrera, y, junto con su compañero, subió por la pasarela y penetró en el barco.

El piloto Villalba les esperaba junto a un farol.

—Yo soy Rafael de Zalabardo del Valle de Penagos, profesor de esgrima—dijole el hombre gordo—, y éste es José del Pino "El Moya" como le llaman en Italia y Flandes los que conocen sus pinceles...

Ambos iban a las Indias a enseñar el noble arte de la pintura y el nobilísimo de la esgrima.

Zalabardo entregó al piloto los papeles en los que se les autorizaba para embarcar en la "Capitana". Villalba los encontró conformes.

—Sí... Está bien... pero, ¿cómo no habéis venido antes?

—¡Por una maldita aventura!

Al cruzar aquella noche por el Barrio de Santa Cruz, poco tiempo después de haber ocurrido el incidente en el que nuestro desconocido había dado muerte a los dos alguaciles, la ronda había detenido a Zalabardo tomándole por sospecho- so debido a que lo encontraron con

el haz de espadas y florete. Gracias a que el capitán de la ronda resultó ser amigo de "El Moya" el asunto no pasó a mayores.

—¿A qué hora zarpamos?—preguntó Zalabardo al piloto.

—Al amanecer... Cuando los grumetes canten la Salve del Alba...

* * *

Amanecía. Desde la Giralda llegaba el alegre voltear de las campanas anunciando la misa del Alba. La fina silueta de la "Capitana" se recortaba en el aire matinal. La blancura de sus velas ponía su nota de pureza en el cielo azul. La nave estaba próxima a zarpar. Los marineros subían y bajaban por las escalas de cuerda, otros se encaramaban por los palos y algunos desplegaban las velas que pronto se hincharían con las brisas y los vientos del Atlántico.

Los grumetes apagaban los faroles que lucían junto a la escalera de la escotilla. Otro gritaba a todo pulmón:

—¡Dios nos dé buenos días, señor capitán y maestro, buen pasaje y buena compañía...!

Un coro de cinco pilotines o grumetes cantaba la oración que se acostumbraba en aquellos tiempos cuando las naves se hacían a la mar.

Sus vocecillas iban sonando por todos los rincones de la cubierta. Al paso del coro, los marineros se detenían en sus faenas y se descubrían devotamente. Algunos, los más, se persignaban. Los emigrantes, tumbados sobre la madera en la que habían dormido durante la noche, se levantaban.

—¡Bandita sea la luz
y la santa Veracruz!

El grupo de pilotines seguía recorriendo el barco dando la buena nueva de su partida y deseando los buenos días y un buen viaje a to-

das las que se encontraban en ella, de proa a popa.

Poco a poco, las voces de los niños se perdieron a lo lejos. Y su coro infantil fué substituido por otro coro de voces roncás, fuertes, varoniles. Los marineros de la nao "Capitana" cantaban a pleno pulmón una vieja canción vasca.

El capitán Arcaute, con botas de ante, traje pardo y gorro terciado sobre la oreja, daba órdenes a los marineros desde cubierta:

—¡Tensad las jarcias de mesana!

A su lado, el piloto Villalba, secundando al capitán, gritaba:

—¡Soltad las amuras! ¡Y a ver, mayoral, si hay que usar el chicote con los de Levante!

El mayoral no se lo hizo repetir dos veces. Volviéndose a los suyos

les animó con una canción levantina que pronto fué correada por el grupo de marineros al tiempo que tiraban con más fuerza del calabrote. Como un eco a la canción de Levante, otro grupo de marineros vascos entonó otra canción de su tierra, mientras un marinero andaluz que subía por una escala cantaba:

—¡Quiso querermé una sola
y yo me vine a la mar
para quererlas a todas!

Y así, unidas las canciones vascas con las levantinas, mezcladas con el punteo de una guitarra andaluza, se oía, no una canción ni una música, sino la música y las canciones de las regiones todas hermanándose y confundiéndose en una sola.

* * *

Camino de las Indias, la nao "Capitana" emprendía el viaje. El padre Aspiázu, en la cubierta, miraba al cielo y sus recios pulmones se hinchaban con la brisa del mar. Más allá, Trinidad y Dolores, las dos hijas de Don Antonio, contemplaban asombradas aquel mundo nuevo para ellas.

El capitán Don Diego y el pilo-

to Villalba mandaban la manobra, mientras el marinero de Fuenterrabía, con los ojos fijos en el compás y las manos en la gruesa barra del gobernantr, corregía la dirección del barco, al tiempo que con un gesto iba indicando a sus ayudantes cuándo habían de tensar y cuándo habían de arriar los aparejos.

Y mientras la nave avanzaba a

través de las olas empujada por un viento desigual, resonaban como un murmullo las canciones marineras y, por encima de ellas, la voz del galeote, exestudiante de Salamanca, recitaba un romance que acababa de escribir:

—Por la ruta de las Indias
sale al mar "La Capitana"...
Se oyan cantos de Levante
y viejas canciones vascas,
jotas bravas de Aragón,
sentidas asturianadas
y con la gracia andaluza
la seriedad castellana...

Y mientras ja "Capitana", con las velas desplegadas, avanzaba envuelta en torbellinos de espuma y se agitaba al viento el pendón de Su Majestad Católica, el estudiante puso final a su romance:

—Sobre blanco y carmesí
leones y castillos campan...
Por la ruta de las Indias
corta el mar "La Capitana"...

El romance del estudiante Martín López había sido escuchado con un silencio religioso por sus compañeros. Aquella evocación de la patria que hacía tres días había desaparecido de sus ojos llenaba el corazón de los galeotes de una profunda tristeza. Aquellos hombres duros, avezados a todas las marru-

llerías y a todas las artimañas, que parecían haber olvidado en su lucha por la vida, al margen de la ley, todos los sentimientos nobles que pueden tener cabida en el alma humana, se sentían hondamente emocionados ante la sola evocación de la patria ahora que se encontraban lejos de ella.

—¡Vive Dios que no comprendo cómo habéis podido escribir todo eso sin ver la salida del puerto de Sevilla...! —dijo el viejo galeote Francisco Ponce mientras se llevaba un dedo al ojo derecho, el único superviviente de su cara, para evitar que le brotaran las lágrimas.

—Los poetas no escribimos lo que vemos, sino lo que sentimos.

Otro galeote, el Vaca, contemplaba con admiración a Martín López. No le cabía en su imaginación que un hombre que sabía escribir cosas tan bellas como el estudiante, se encontrara junto a él y sus compañeros, a quienes la necesidad había conducido a la triste condición de galeotes.

—Y, ¿dígame su merced?—preguntóle intrigado. —¿Cómo, sabiendo tanto, preferisteis cambiar la loba de estudiante por la soga del verdugo...?

Martín López, recostándose sobre un fardo, dijo, con una triste sonrisa:

—La filosofía y la poética tienen poca substancia en el puchero. Por eso me hice ladrón.

Y el estudiante se encerró en un melancólico mutismo. Hacía tres días que había visto perderse la barra de Sanlúcar. Desde entonces sólo el agua iba a encontrar a su alrededor. Hasta... Le daba miedo pensar que una vez en las Indias tuviera que volver a mendigar la sopa como en los conventos de Salamanca. Si A. Martín López le pesaba verdade-

ramente el haber cambiado la loba del estudiante por la woga del verdugo. Estaba seguro que si ahora tuviera que volver a empezar no haría el truco.

—Allí cambiará la fortuna de todos—decía uno de los galeotes con la esperanza pintada en los ojos.

A lo que Morra, el de Ayamonte, replicó sentenciosamente:

—Dios lo haga... Puede ser que la de otros sea peor que la nuestra.

* * *

Sentado entre un cañón y la pared de madera del barco, en el mismo lugar donde se había escondido por primera vez al penetrar en la nave, con los ojos brillantes y el cuerpo vencido por la fiebre, estaba el desconocido. En su cara demacrada se reflejaban a un tiempo el hambre, el miedo y la calentura. Por la ranura que había en la pared llegaban hasta él rumores de conversación.

—Eso son figuraciones tuyas...—decía una voz de hombre—. Nadie tiene el aspecto de ese que tú has visto...

—Por eso te digo que es el de-

monio—y la voz, que era de mujer, parecía presa del terror.

El desconocido sonreía tristemente. Porque él era aquel demonio al que se refería la pobre mujer; pero un demonio hambriento. Era gracias a ella que nuestro hombre había podido probar algún bocado aprovechando los momentos que su marido, el viejo Rui Gutiérrez, subía a cubierta. La pobre mujer, enferma, estaba recostada en una hamaca. Y la última vez, creyéndola dormida, el desconocido se había acercado a ella con el propósito de hurtarle algo de comida. Pero la mujer se había desper-

tado antes de consumar su propósito, y, asustada por lo inesperado de la visión y por el semblante y maneras del desconocido, habíale tomado ingenuamente por el demonio.

Su marido atribuía a la fiebre que devoraba a Juanica, que éste era el nombre de la buena mujer, aquella visión demoníaca.

Pero Juana había visto al demonio y no se dejaba convencer por las razones de su esposo:

—No descansaré hasta que me confiese...

Y Rui Gutiérrez no tuvo más re-

medio que ir en busca del padre confesor, convencido, sin embargo, de que se iba a reír de la pobre Juana.

—A ver si cuando vuelva te lo has comido todo...—dijele poniendo sobre uno de los bultos un plato con comida y una taza de caldo.

Y después de acariciarle la cara, subió por la escalerilla que conducía al puente; mientras, el desconocido, que por la rendija había contemplado la escena, se incorporaba lentamente, con la intención de vaciar en su estómago el plato y la taza que Rui Gutiérrez había traído para la enferma.

* * *

Emigrantes y marineros formaban grupos sobre la cubierta de la nao. Aquí un grupo jugaba a naipes sobre la borda, otros, un poco más lejos, dormitaban tumbados de cara al cielo. Allí, algunos, inmóviles, esperaban de la quietud el olvido a sus molestias, mientras, los más, con la avidéz retratada en sus semblantes, contemplaban impacientes el horizonte.

En uno de los corros, el espadachín Zalabardo y el segundo piloto tiraban a espada. Los mirones,

entre los que se encontraba el maestro Barroso, apostaban a favor de los combatientes.

—Bueno...! Me juego la ración de hoy para el piloto...

El piloto llevaba ventaja en el combate, pues el espadachín, acostumbrado a la tierra firme, veía disminuida su agilidad con el balanceo del buque. En aquel momento una estocada del piloto no pudo pararla Zalabardo.

—¡Tocado...!

—Fué un descuido...—excusóse

Zalabardo entre las risas del corro.

—Otra vez...

Y prosiguió la lucha.

—Señor Maestro...—dijo Rui Gutiérrez, que se había acercado al corro.

—¿Qué ocurre?

—Perdone, señor Maestro...—dijo el castellano excusándose— pero ¿será tan amable de darme algún remedio para la mi mujer? Abajo está la pobrecita con el mal de mar. Dice que ha visto al diablo y pide confesión.

El maestro Barroso sonrió con aire de suficiencia:

—Pero, ¡hombre de Dios! Si eso no es nada... Pídale al cirujano Conchillos agua salada caliente... Mientras más beba la abuela mejor se sentirá y menos diablos verá...

—Sí, gracias, pero ella pide confesión.

En aquel momento se acercaba Fray José.

—¿Qué tiene?—preguntó.

—Mareo...

—Eso nos pasa a todos... Ya se acostumbrará—dijo el buen fraile.

—Me temo que no...

Unos gritos de terror impidieron que Rui Gutiérrez terminara la frase.

—Es ella... Dice que ve el demonio.

Asombróse Fray José. Aquello era distinto.

—Vamos para allá—dijo, preocupado, al viejo castellano.

Y ambos cruzaron la cubierta y fueronse en dirección al lugar donde reposaba Juana.

Mientras "El Moya" pintaba en un lienzo, sobre un fondo de mar, unas blancas velas de navío que cabeceaban en el horizonte a alguna distancia de la "Capitana", Leonor preguntaba al piloto Villalba, que se encontraba a su lado:

—¿Habrán salido de Sevilla al mismo tiempo que nosotros?

—De Sevilla, de Cádiz, de Sanlúcar...

Mirad aquella de aparejo antiguo.

Leonor, apoyada sobre la balaustrada, contemplaba la vieja carabela "Linda de Triana" con sus ochenta años de viajes a cuerdas. Más allá se divisaba la alegre silueta del "San Juan Nepomuceno". A su lado la nao "Madre de Dios", que hacía una semana había zarpado

de Palos de Moguer. Más lejos otra nave de alegre aparejo cortaba las azules aguas del Atlántico. Era la galeota armada en corto "Santas Justa y Rufina", tripulada por trianeros, todos bailadores, alegres y buenos mozos.

—Dicen—explicaba Villalba a la doncella—que en ella ha de sonar siempre el rasgueo de la vihuela, porque, si no sonara, el capitán y los marineros creerían irse a pique.

—¿Y todos esos navíos van abarrotados como el nuestro de pasaje para las Indias?...

Leonor no se cansaba de preguntar. El mar era un mundo nuevo para ella en donde cada cosa llamaba su atención y despertaba su curiosidad.

—Todos... Entre las guerras que nuestro Rey sostiene y la gente que se marcha, van a quedar en España cuatro gatos...

Leonor sonrió y dijo:

—Es verdad... Yo hubiera preferido quedarme en Sevilla...

Villalba quedó un momento perpleja. Después preguntó:

—¿Amores?

Leonor sostuvo sin pestañear su mirada, y luego añadió:

—Puede ser...

El tiempo cambiaba poco a poco. Grupos de nubes tormentosas avanzaban por el cielo. Un viento frío

y fuerte presionaba el velamen. Los tres mástiles de la nave, ligeramente curvados, se inclinaban hacia babor.

El capitán, acompañado de Trinidad, miraba el cielo. A pocos pasos Frasco, el marinero de Fuentetrabía, atenuado al timón, contemplaba asimismo el cielo. Don Diego ordenó al marinero que permaneciese alerta.

—No me gusta este viento... —dijo a Trinidad—. El cielo se está poniendo feo...

Trinidad, sin embargo, parecía disfrutar ante la sola idea de que se avecinaba mal tiempo.

—Pues a mí me parece muy bonito...

Y mientras pronunciaba estas palabras, un brusco movimiento del barco la hizo tambalearse.

—Acercaos a la borda, que esta taja gris señala fuerte ráfaga de viento...

Pero Trinidad no quiso hacer caso al capitán. La muchacha había nacido para marina. El marinagnum de cuerdas, poleas, palos y velas, el viento, las olas, todo aquello la entusiasmaba.

—No preocuparos...

Pero el capitán no era de la misma opinión.

—Estaría mejor cogida a la borda, mi señora doña Trinidad...

Y, suavemente, tomando su mano, la condujo hacia la borda. Aunque contra su voluntad, la muchacha tuvo que obedecer al capitán al tiempo que mirándole fijamente le decía:

—¿No quedamos al pasar la barra de Sanlúcar en suprimir todo eso de señora doña...?

—Sí, pero no puedo... — confesó el capitán.

—¿Por qué...?

Don Diego dudó unos instantes antes de contestar:

—No sé decirlo... Me inspiráis mucho respeto y mucha confianza.— Y luego, contemplándola fijamente, añadió: —Desde que os conozco siento una cosa extraña que me hace renegar de mi vida pasada.

—¿Acaso queréis ahora cambiar la vida de mar por la de tierra firme?

El capitán, acercándose a Trinidad, le contestó:

—No... Reniego de mi vida pasada porque ha transcurrido sin conocer a Doña Trinidad Fernández de Sigüenza...

La muchacha miróle divertida.

—Pues eso es muy grave, capitán Don Diego Ruiz de Arcaute y Olav de Christiansand...

Estaban los dos junto a la borda. El capitán, al ver la sonrisa que

entrecabría los labios de Trinidad, preguntó:

—¿Os reís de mí...?

—No... Os correspondo con vuestras finezas...

El capitán quedóse pensativo, y luego añadió:

—No me acostumbro a llamaros Trinidad a secas

—Por lo visto, en el mar las cosas van más rápidas que en la tierra, pero con mejor cortesía...

—Ni en el mar ni en la tierra he tenido ocasión de decir una cosa parecida...

Y lo que afirmaba el capitán era la pura verdad. Desde muy pequeño había navegado por todas las latitudes. Primero con su padre, que era ballenero de Pasajes de San Juan... Después persiguiendo bucaneros y piratas, franceses y holandeses. Más tarde había convoyado galeones desde Veracruz a Panamá. Hacía tres años de su primer viaje con la "Capitana". Y por primera vez en su vida llevaba una mujer a bordo. No era de extrañar, pues, que siendo la primera pasajera que había conducido el capitán hasta aquel momento, la belleza de la muchacha y el trato asiduo que la vida de a bordo imponía le había despertado en el corazón del capitán una pasión amorosa cada vez más fuerte y más difícil de disimular.

Trinidad, en cambio, había tenido muchos pretendientes. En Sevilla habíale ofrecido atrevidas que ella había escuchado tras de la reja. Y había recibido billetes perfumados que ella había leído y guardado después en su pecho. Así se lo decía al capitán.

—¿En el pecho? Prefiero mi gaveta para guardar papeles — respondióle el capitán bruscamente.

—¿Sí? —preguntó Trinidad enfadada por la descortesía de Don Diego. Luego añadió: —Sois un marino salvaje que no servís más que para tratar con soldados y gente de mar...

Y persistiendo en su enfado, que resultaba cómico, al tiempo que se retiraba de la borda:

—No quiero hablar con vos... —dijo.

Pero no pudo realizar su propósito porque, al intentar alejarse, había dado un traspiés y don Diego, para evitar la caída, la había cogido en sus brazos. Los dos permanecieron un momento abrazados. Trinidad había bajado los ojos, confundida.

—¡Trinidad!

—Fernández de Sigüenza y...

Pero don Diego no le dejó terminar la frase:

—Ahora no. Ya empiezo a acostumbarme...

Se habían separado. Pero el capitán seguía mirándola con una expresión inconfundible en sus ojos:

—Acostumbraos vos a mi rudeza. Os lo suplico.

—Lo intentaré — dijo Trinidad con otra no menos inconfundible expresión de docilidad en su semblante—; pero tenéis que decirme lo que pensáis. ¿Quién vale más? ¿El armario de vuestro camarote o yo?...

Sonriente, don Diego fué aproximando hacia él a Trinidad. Entonces cuando la tuvo cerca, muy cerca, le dijo remachando las palabras:

—Para guardar las cartas mi gaveta. Para quereros toda la vida, vos...

Y cuando la proximidad adquiría caracteres alarmantes, una canción vasca dicha en voz baja hizo separarles lentamente. Frasco de Fuenterrabía, después de guisar un ojo, se tapaba la cara y mirando al cielo cantaba a media voz:

—¡Bom... bom... ateraquyoc!

Y como si le ocurrido había poco con el capitán no hubiera afectado en demasía a Trinidad, ésta preguntó:

—¿Qué canta el timonel? ¿No le entiendo?

El capitán, aunque sorprendido por la salida de la muchacha, le

contestó afectando su misma tranquilidad:

—Canta en vasconcel. Es la canción de los balleneros que llegaron quizá antes que Cristóbal Colón a los mares de la Tierra Nueva...

—Es muy bonita—dijo Trinidad, al tiempo que iniciaba su marcha hacia el centro de la cubierta, marcha que, sin embargo, era troncada por un nuevo traspiés. Don Diego tuvo que volver a cogerla.

—Está visto que no podré salir de mi camarote...

Recobrado el equilibrio aceptó el brazo que el capitán le ofrecía.

—¿Y no os caeréis vos?

Sonrió don Diego, y seguidamente, llevando a Trinidad apoyada en su persona, fueron andando por cubierta.

—Un marino debe andar por su barco más firme que en tierra—iba explicando el capitán—. Como si tuviera los pies clavados en la trabazón de la cubierta. Cuando escora el barco a babor se alarga una pierna; cuando escora a estribor, la otra...

—¿Me queréis enseñar?

—Con mucho gusto. Veréis... Mirad al horizonte. Ahora escora a babor... alargad la pierna izquierda...

Trinidad aprendía la lección que

le daba el capitán con la voz y con el ejemplo.

—Babor... estribor...

Don Antonio y doña Estrella, apoyados en la borda de la nave, contemplaban la inmensidad del mar. Las voces del capitán marcando el paso a Trinidad llamaron la atención del primero que, volviéndose, observó, no sin interés, la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

—¿Qué hace Trinidad?

Ante su pregunta, doña Estrella, dando la espalda al mar, fijó su mirada en la pareja.

—El capitán le enseña a sostenerse en el barco.

—¿Estás segura?—dijo sonriendo el caballero. Y cogiendo a su esposa por el brazo se la llevó en dirección al lugar donde se encontraban don Diego y Trinidad, por cierto en una situación grotesca: el capitán acababa de caer sobre un montón de cutrías y, a su lado, la muchacha trataba en vano de contener la risa.

Mientras tanto, por la escalera que comunicaba con el entrepuente, maestro Barroso subía corriendo, seguido de dos marineros.

—Buscad al piloto Villalba—les ordenó.

Luego, mirando por la cubierta, buscó al capitán. Hacía popa, Zala-

bardo y el segundo piloto seguían tirando la espada rodeados de curiosos. El Moya continuaba pintando. Otros seguían tumbados, paseaban o jugaban a cartas. Cerca de él estaban don Antonio y doña Estrella. Por fin, a proa, distinguió a Trinidad y, junto a ella, al capitán que estaba levantándose del suelo.

—¡Señor capitán! ¡Señor capitán!—gritó al tiempo que corría en dirección a don Diego.

—¿Qué ocurre?—preguntó éste, que ya se había incorporado.

—Algo muy grave, señor capitán. Hemos cogido al demonio...

Don Diego, tomándose a broma, lanzó una sonora carcajada.

—Ya lo creo que es grave... ¿Y dónde estaba?

—En el entrepuente—dijo matate Barroso muy seriamente—. La mujer de ese viejo castellano lo descubrió cuando le robaba la comida. ¡Es totalmente el diablo! ¡Miradlo!

Y, volviéndose hacia el entrepuente, señaló a un hombre al que conducían unos marineros armados con cuchillos. Se trataba del desconocido que había permanecido oculto hasta entonces y que, a no ser por el hambre que le devoraba, acaso no hubiese sido descubierto durante el viaje. Pero la necesidad le había obligado a salir de su escondite y en su salida había sido descubierto por la tripulación. No pa-

recía el mismo que unas horas antes de embarcar había subido al buque por una de las portas de los cañones. Su vestido negro aparecía sucio y roto. Sus manos eran negras de alquitrán. Y su cara, de natural pálida, aparecía más livida todavía; contrastaba con el negro de sus cejas y de su cabellera y el color obscuro de su crecida y mal cuidada barba.

Un marinero dióle un empujón para obligarle a andar más aprisa y el desconocido, extremadamente débil, se tambaleó y cayó al suelo. Otro marinero, para obligarle a que se levantara, le cruzó la cara con un látigo que llevaba en la mano. Doña Estrella, que contemplaba la escena, no pudo reprimir un grito. Don Antonio cogióla entre sus brazos, al tiempo que el capitán y Trinidad la miraban sorprendidos.

—¡No le maltratéis! ¡No le maltratéis!—gritó la dama mientras se tapaba la cara con las manos.

El capitán dió orden al piloto de que condujeran a aquel hombre a su camarote. Y después, hablando dulcemente a Trinidad, dijo:

—Y vos, Trinidad, asistid a vuestra madre, y perdonad también este triste espectáculo. El mar tiene sus leyes...

Y saludando con una inclinación de cabeza, salió en dirección a su camarote.

Sentado tras la mesa de su camarote y rodeado de pergaminos, cartas marinas, aparatos náuticos y libros de todas clases, don Diego contemplaba al desconocido que se hallaba enfrente suyo, mirándole con ojos altivos. La señal rojiza de un latigazo cruzaba su cara. Pero su semblante no reflejaba temor, sino desprecio, no miedo, sino orgullo.

—Este hombre quiso embarcar en Sevilla—explicaba al capitán el piloto Villalba—. Yo hablé con él en el muelle y le dije que era imposible admitirle en la nao.

—Y vos decidíateis entrar en ella sin permiso, ¿no es eso?—preguntó don Diego.

—Sí... Por una porta de la batería que no estaba cerrada.

Don Diego se dirigió a Villalba para preguntarle:

—¿Quién era el encargado de la batería el día de la salida?

—El marinero Fortún de Aspioles.

El capitán dió a maestro Barroso la orden de que el marinero Fortún

fuese conducido al puente después de despejar la cubierta de emigrantes. Y luego que maestro Barroso hubo partido a cumplimentar su orden, dirigiéndose al desconocido le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

El desconocido iba a dar su nombre, pero de repente, como si se arrepintiese de su primer impulso, cerró la boca y permaneció callado.

—¿No queréis contestar? — dijo el capitán, clavando sus ojos en los del desconocido.

—No.

—¿Por qué?

—Porque en España me dieron nombre y apellidos, pero como no son los míos propios, los desprecio.

El capitán comprendió que aquel hombre no sólo era orgulloso y altivo, sino también obstinado y que nada, ni el tormento, le obligaría a pronunciar su nombre. Después de todo era lo de menos. Alguno habría en la nao que también via-



Las tres espadas se cruzaron a un tiempo



„pícaros, espadachines, truhanes,,



El capitán, acompañado de Trinidad...



Don Diego contemplaba al desconocido...



El látigo del maestro Barrosa restalló sobre la carne del marinero.



Sobre la cubierta, una gran cantidad de paquetes de lona.



El capitán clavó los ojos en el prisionero.



—¿Van a Esmirna o a Bassora los pensamientos de la cautiva?



... mirando a Fray José, dijo: —Quiero confesarme.



—Nos atacan, Trinidad..



Se habían abierto las portas de los calabozos.



—¿Qué ha sido? — preguntó el capitán con ansiedad.



... el piloto Villalba haciale entrega de la bandera corsaria.



... apareció el Fugitivo, seguida de los galeotos.



... se arrodilló junto a él.



... hablaba emocionado a los marineros.

jaba seguramente con un nombre que no era el suyo.

—¿Tenéis algún apodo?

—Si se quiere llamarme propiamente podrían decirme: "El Fugitivo".

Don Diego le miró con la extrañeza y la curiosidad reflejadas en su rostro.

—¿El Fugitivo? Luego hula. ¿Y de qué hula, si es que algo puede saberse de vos, señor Fugitivo?

El Fugitivo, sosteniendo la mirada del capitán, contestó:

—No se puede saber.

—Está bien—dijo don Diego—

El saber vuestro nombre y el conocer los motivos que os impulsan a huir de España no me incumbe demasiado. Pero vuestra presencia en la nao constituye una falta contra la autoridad del capitán... ¿No os parece?

El fugitivo, sin inmutarse, continuó mirando al capitán, sin dar muestras de temor alguno.

—Vos lo decís y es cierto.

El capitán, lleno de indignación, se acercó al fugitivo y, sin que por ello consiguiera atemorizarle, le anunció:

—Así, pues, en castigo de vuestra falta, pasaréis diez días en el cepo, a mazmorra y agua.

El fugitivo sonrió cínicamente:

—Sois dueño de hacerlo, capitán.

—Cuando cumpláis el castigo ayudaréis a la marinería.

—Conforme, capitán.

Don Diego le miró unos momentos haciendo esfuerzos para contener su ira. Después, dirigiéndose al piloto Villalba, le ordenó:

—Conducid al fugitivo al cepo del castillo de proa.

Cerca de la puerta que conducía al camarote del capitán, Trinidad y Leonor trataban de averiguar la identidad del desconocido. Leonor aseguraba haberlo visto en Carmona, luego en Córdoba, una vez que acompañó a su madrastra, doña Estrella y, por fin, la noche que zarparon.

—Mató a dos hombres frente a nuestra casa.

En aquel momento aparecieron sobre cubierta el piloto Villalba, el Fugitivo y dos marineros. Salían del camarote del capitán. Más allá, junto al palo mayor, maestro Barroso y otros dos marineros custodiaban a Fortún.

Mientras las dos muchachas contemplaban la escena, sorprendíalas la voz del capitán que les preguntaba:

—¿Qué hacen sus mercedes? He dado orden que nadie quedase en el puente.

Leonor apresuróse a cumplir la

orden del capitán, pero Trinidad quiso quedarse.

—Debéis acompañar a vuestra hermana—aconsejóle el capitán— y a vuestra madre. ¿Se ha repuesto ya de su impresión? — preguntó luego.

—Sí—contestó Trinidad— y no la llaméis madre. Es mi madrastra.

—Como queráis. —Y añadió seguidamente—: Muy mal efecto le ha causado a doña Estrella la presencia del Fugitivo. ¿Le conocéis ya?

Al capitán no le pasó inadvertido el grito que doña Estrella había lanzado cuando el fugitivo apareció por primera vez sobre cubierta.

—No lo creo. Me parece que ninguna de nosotras le ha visto nunca.

—Puede ser—dijo don Diego. Y acto seguido solicitó de Trinidad que se alejase de cubierta.

Pero la muchacha no quiso proporcionarle este placer al capitán.

—Marcharos, Trinidad. Os lo suplico.

—He dicho que no.

Don Diego la miró un momento y se encogió de hombros.

—Lo siento. Vos lo habéis querido.

Y dirigiéndose al grupo que formaban maestro Barroso, Fortún y

el marinero, preguntó al segundo:

—¿Eras tú el encargado de cerrar las portas el día que zarparamos?

—Sí, mi capitán.

—¿Y las cerraste todas?

—Así creo, mi capitán.

—La orden era que estuviesen cerradas, con los pasadores corridos, y no lo estaban, porque un hombre desde el muelle pudo entrar por una. ¿Sabes el castigo que mereces?

El marinero bajó la cabeza y respondió:

—Sí, mi capitán.

—Está bien. Maestre, atad a este hombre al cabrestante y que le peguen seis chicotazos en la espalda.

Mientras dos marineros ataban con un cordel las muñecas de Fortún, otro, levantándole la camisa hasta los hombros, ponía su espalda al descubierto. Trinidad, asustada, se acercó al capitán.

—¿Qué queréis?

—Interceder por este hombre. ¿Su falta es tan grave?

—Los descuidos hay que castigarlos para que no se repitan.

El capitán sabía que aquella gente era dura y para mantener la disciplina era preciso tener la mano más dura que ellos.

—Perdonadle.

—No puedo—dijo el capitán. Y

luego, dirigiéndose a maestro Barroso, le ordenó: ¡Pega!

El látigo de maestro Barroso restalló sobre la carne del marinero.

—¡Pega!—volvió a gritar el capitán.

El látigo volvió a sonar sobre la espalda de Fortún, que con el rostro contraído se retorció de dolor.

—¡Por Dios, capitán! Suspende el castigo.

—Volved al camarote, Trinidad.

—No, ¡Hacedlo por mí!—pidióle la muchacha, suplicante.

Pero el capitán se mantenía inflexible, sordo a la voz de Trinidad.

—¡Pega!

El látigo restallaba de nuevo, mientras la muchacha se tapaba la cara con las manos.

—¡Pega!

—¡Salvaje! ¡Os odio! ¡Os odio! — gritaba Trinidad, herida en lo más profundo de su sensibilidad de mujer.

—¡Pega! — repetía don Diego, pálido, con la mirada dura fija en Fortún. — ¡Pega!—insistía el capitán, aun después de notar que al

marinero se le habían doblado las piernas y tenía la cabeza hundida entre los brazos.

El látigo de maestro Barroso esta vez había dado en el cuerpo desmayado de Fortún. El buen maestro, con la cara contraída, expresaba todo el horror y la repulsión que puede sentir un hombre que impone un tal bárbaro castigo contra su voluntad. Afortunadamente, aquél era el último latigazo. El viejo tiró lejos de sí el chicote y, pasándose la mano renegrida por su rostro sudoroso, suspiró profundamente.

El capitán destruyó los brazos que había tenido enlazados mientras había durado el castigo.

—Ahora desatadle y, si tiene muchas ronchas, que el cirujano Conchillos le unte con sal y vinagre.

Y dando media vuelta se fué a su camarote sin dirigir una sola mirada a Trinidad. La muchacha, sin embargo, le contempló con los ojos llenos de lágrimas. En su rostro había una mezcla de odio y de amor hacia aquel hombre inflexible en el cumplimiento de su deber.

* * *

La "Capitana" era arrastrada velozmente por el viento. Su quilla se hundía en el agua para levantarse luego sobre las olas. Y el cielo, obscuro, se confundía con el mar embravecido.

La "Capitana" había navegado bien hasta entonces. Los chubascos huracanados del nordeste ya habían arrastrado a gran velocidad hasta la altura de las islas de Cabo Verde. Hacía veinticuatro horas que habían cruzado el Trópico de Cáncer. Y por la noche se habían vislumbrado a babor los fuegos de la isla de San Antonio.

La "Capitana" iba a entrar en la región de los vientos alisios del Nordeste que, caso de no amainar con las calmas ecuatoriales, debían de llevarla a la isla de Fernando de Noronha. Luego no había más que navegar hacia el Sur aprovechando los alisios del Sudeste y correr a lo largo del Brasil para llegar a la desembocadura del Plata.

La "Capitana" había navegado bien hasta entonces y no era por el

viaje que el capitán estaba preocupado, sino por otras causas. En la nao se había declarado una fiebre maligna y de las trescientas personas embarcadas habían muerto más de cuarenta.

—Hoy hemos de arrojar al mar los cadáveres de fray Antonio Vivanco, la mujer de Rui Gutiérrez y el galeoto Juan Vaer de Torralta—decía el capitán sentado tras la mesa de su camarote.

A su alrededor, el piloto Villalba, el segundo piloto, dos oficiales y el cirujano Conchillos escuchábanle en silencio.

Este último había hecho lo imposible para acabar con la fiebre. Había quemado pólvora en el sollado y en el entrepuente para purificar el aire, pero nada se había conseguido. Ahora acababa de proponer que el pasaje pasase en el puente todo el día y luego, por la noche, que se permitiese salir del sollado a los galeotes.

—Saldrán desde hoy, señor cirujano—contestóle el capitán.

Conchillos agradeci6le la orden que acababa de dar.

Luego don Diego, dirigi6ndose a los dem6s, les dijo:

—Espero que todos mantendr6is el orden d6a y noche, cuidando que la mariner6a y los emigrantes no se mezclen con los galeotas.

Y seguidamente se levantaron para dar el 6ltimo adi6s a las v6ctimas de la fiebre maligna.

Al llegar el grupo al puente de la nave encontraron ya a fray Jos6 de Aspiasu con la cruz alzada. A su lado un marinero, con un farol encendido, iluminaba las caras de diez o doce emigrantes que se hab6an congregado a su alrededor para ver la f6nebre ceremonia que iba a tener lugar. Sobre la cubierta, tres grandes paquetes de lona, conteniendo tres cad6veres, estaban prestos para ser lanzados al mar.

En lo alto sonaba el lamento del viento en la jarc6a y, al otro lado de la borda, en el mar, el mon6tono rumor de las aguas.

Rui Guti6rrez miraba, con los ojos secados por una pena infinita, el m6s peque6o de los fardos.

—¡Valor, Rui Guti6rrez!—le hab6a dicho el capit6n, poni6ndole una mano sobre el hombro.

El viejo le mir6 con la mirada perdida en el vac6o. ¡Valor! S6. As6 ten6a que ser. El recuerdo de la po-

bre Juana llen6 de l6grimas los ojos de Rui. ¡El que cre6a que su mujer hubiera llegado a las Ind6as! En cambio, ella no. Se lo hab6a dicho cuando salieron de su casita del Burgo. Cuando vi6 de lejos el corralizo en el que siempre hab6an pensado descansar juntos, muy juntos, bajo un viejo sauce y una vieja cruz.

Reson6 la voz de don Diego:

—¿Est6 todo preparado?

—S6, capit6n—hab6a contestado alguien. Y Rui Guti6rrez se hab6a estremecido hasta lo m6s profundo de su ser.

Acerc6se el castellano al capit6n:

—Permit6dme un momento, don Diego.

—Cuantos quer6is, amigo.

Entonces el viejo se hab6a arrojado, hab6a besado el 6spero tejido de la lona y luego, acariciando el informe paquete que conten6a los restos de su esposa, hab6a dicho con una voz quebrada por el dolor:

—¡Adi6s, la mi Juanica!

Parec6ale imposible que aquella vaga forma inanimada que sus huesudas y renegridas manos rese6uan con amor fuese su esposa. Record6bala la primera vez que la conoci6, hac6a tantos a6os, en la pinochada, cuando las mosas arotaban en broma a los mozos con ramas de

verde pino. ¡Juanica! Aldeanita menuda de ojos negros y tez de color de corteza de pan, con la que festejó en la fuente, con la que bailó en la plaza del villorrio. La mujer que supo besarle con un beso distinto al de las demás mujeres que había conocido antes. La que le había llevado hasta la cama aquel primer hijo oculto entre los trapitos de cristianar... Aquel primer hijo que murió con el otro sirviendo al rey y haciendo grande a España.

El capitán don Diego se había acercado hasta él y, tomándole entre sus brazos, lo había levantado

del suelo. El viejo ocultó sus lágrimas en el pecho del marino.

—¡Adiós, la mi compañera, adiós! — decía el pobre Rui entre sollozos.

El capitán hizo un gesto a los marineros. Poco después se oía en el agua el chapoteo de tres cuerpos y la voz del padre José que con la mirada en la cruz decía:

—Requiescat in pace...

—Amén — había respondido el marinero del farol, al tiempo que una ráfaga de aire traía desde el castillo de proa un extraño silbido que sonaba como una irreverencia en aquel triste y sublime momento.

* * *

Con el cepe en los pies y con las manos atadas, sentado en un rollo de cuerdas y recostado en la sucia pared de madera, el Fugitivo estaba silbando con los ojos cerrados. De pronto, una voz sonó a su lado:

—¿Estáis contento, prisionero?

El Fugitivo abrió los ojos y trató de incorporarse. Leonor, con una escudilla y un jarro en sus manos, le miraba dulcemente.

—Os traigo vuestra cena. Hoy no

pude ocultar tanto como otros días.

—Gracias, niña.

El Fugitivo la contempló un momento y luego quedóse pensativo. No comprendía por qué Leonor se había preocupado de él durante aquellos días. La muchacha trataba de hacerle más llevadero su cautiverio con su presencia, procuraba distraerle con su conversación durante los largos ratos de ocio del prisionero. Y además, gracias a ella, no le

L A N A O C A P I T A N A

había faltado cada día el poco de comida que la niña le traía quitándole de su propia boca.

—¿Por qué has hecho esto?

—No lo sé. Cuando os vi preso sentí tanta compasión. Además...

Leonor le recordaba desde mucho tiempo atrás. Habíale visto en Córdoba, en Carmona, en Sevilla. Había oído su silbido muchas veces.

—¿De quién huís que siempre me encuentro con vos?

—Huyo de mis pensamientos.

—¿Y son tan tristes que para ol-

vidarlos os marcháis a las Indias?
—preguntó Leonor.

El Fugitivo habló con la mirada perdida en el vacío:

—Dicen que allí hay oro, mucho oro, y yo necesito tanto como se podría encerrar en este barco para volver a ser fuerte, noble y poderoso.

—Y cuando sea todo eso, sólo os faltará una cosa.

—¿Cuál?—preguntó el prisionero.

—Amor — dijo Leonor con una triste sonrisa.

* * *

—El viejo quería mucho a su mujer—decía el capitán al piloto Villalba.

Ambos avanzaban a lo largo de la cubierta de la nave en la que la oscuridad era completa. Sólo, de vez en cuando, oscilaba mortecina la tenue luz de un farol de mar.

—Hay cariños que no se olvidan nunca.

Acaso porque la oscuridad impedía que pudieran verse los rostros, el momento invitaba a la confidencia.

—¿Estáis enamorado?—preguntó don Diego.

—Puede ser.

—¿Y os corresponde la dama de vuestros pensamientos?

Al hacer la pregunta, el capitán no tenía ninguna duda de cuál había de ser la respuesta.

—No.

—Leonor, ¿verdad?

—Leonor.

—¡Bah! No os preocupéis.

El capitán tampoco se preocupaba por Trinidad que todavía continuaba enfadada. Desde el día de los chicotazos no le había vuelto a dirigir la palabra. Pero estaba convencido de que ella le amaba y que la situación no podía durar. En cambio la situación de Villalba era distinta, por lo que le contestó:

—Pero vos no tenéis un rival y yo sí...

Don Diego miró extrañado a su piloto.

—¿Y quién es el vuestro?

—El Fugitivo.

El capitán miróle un momento y luego soltó una carcajada.

—¿De qué os reís?—preguntó Villalba.

—De vos, piloto Villalba—y luego añadió—: Estad tranquilo por esa parte. Os lo aseguro yo.

Y, sin darle más explicaciones, le ordenó que le mandara dos marineros para quitarle los grilletes al Fugitivo. Después entró en el cepo del castillo de proa.

El Fugitivo, que había oído las voces del capitán y de Villalba, con los ojos cerrados simulaba que dormía.

—¿Estáis dormido, señor Fugitivo? Durante los diez días que ha durado el castigo no se os ha oído un solo lamento.

—¿A qué lamentarme como una vieja o un chiquillo?—contestó el Fugitivo, incorporándose.

El capitán clavó los ojos en el prisionero. Luego, de repente, le preguntó con la mayor indiferencia:

—¿Conocéis a don Antonio Fernández de Sigüenza o a su mujer?

El Fugitivo le respondió en el mismo tono:

—Suongo que serán una dama y un caballero que he visto en cubierta.

—¿Lo suponéis sólo? — y luego añadió inquisitivamente—: La mujer de don Antonio casi se desmayó al veros.

—También la vieja del entrepuente me tomó por el diablo.

El capitán dijo con un tono agrio y tajante:

—Los marineros dicen que una dama os ha traído alimentos todas las noches... Solamente ella puede ser.

—Es lástima que en vuestra nao "Capitana" sólo se vean fantasmas.

La conversación era desagradable por ambas partes. Parecía como si ninguno de los dos estuviera contento de seguirla.

—Bien—dijo don Diego dándola por terminada y acercándose a la puerta de la cámara, al tiempo que aparecían dos marineros—. Quitadle los grilletes al prisionero — les ordenó.

El Fugitivo sonrió con una sonrisa casi imperceptible.

—Ya eras marinero de la nao "Capitana".

El Fugitivo, al oír que el capitán le tutaba, hizo un pequeño gesto que pasó inadvertido por éste.

Luego don Diego, con un tono distinto al empleado hasta entonces con el prisionero, añadió:

—Ve a ponerte a las órdenes del contramaestre — y, volviéndole las espaldas, salió del cepo.

* * *

Los días se iban sucediendo uno tras de otro. La "Capitana", proa a las Indias, sentía sobre sus velas el temblor del amanecer, el sol del mediodía, las brisas de la tarde.

Hasta entonces, sin embargo, el tiempo había sido relativamente bueno para la nave. Pero aquella noche parecía que los elementos se habían conjurado para impedir que los tripulantes de la nao permaneciesen en la cubierta. Durante el día, grandes ráfagas de viento, anunciadoras de la tempestad que ahora se encontraba en su pleno apogeo, habían cruzado entre el mar embravecido y un cielo de nubes oscuras. A primeras horas de la noche se había destapado el temporal. El agua de la lluvia caía copiosamente sobre las velas hinchadas por el fuerte huracán. El buque, sin embargo, dando batacazos a babor y a estribor, se mantenía firme. La "Capitana" merecía la confianza que en ella tenía puesta su capitán.

En el comedor de la nao y sentados alrededor de una gran mesa,

ajenos a la tempestad que se desencadenaba con toda su fuerza sobre cubierta, se encontraban, junto con el capitán que presidía la mesa, fray José, don Antonio y su familia, los dos pilotos y el cirujano Conchillos. El padre Aspiázu acababa de bendecir la cena. Las cabezas, hasta entonces devotamente inclinadas, se habían levantado al tiempo que don Diego decía alegremente:

—¡A por el tiburón, señores!

Y los comensales, mientras gustaban el sabroso guiso de tiburón, se entregaban al placer de la conversación.

—Pronto entraremos en la región de las calmas y podremos festejar alegremente el paso del Ecuador— decía el capitán.

—¿Creo que el pasaje os ha pedido permiso para dar una gran fiesta?—preguntó don Antonio.

—Sí. Y ya se lo he concedido. Ya andan todos ensayando canciones y bailes. Ese día permitiré a los galectes que se junten con los pasajeros.

Fray José asintió con la cabeza:

—Bien hecho, hijo mío. Dios manda perdonar y consolar al triste, y la verdad es que esta gente necesita un poco de alegría. ¡Qué templados son! ¡Es maravilloso observar cómo en estas ocasiones aparece la energía de la raza!

—Yo creo que el capitán ha sacado más la frialdad de los mares del norte — dijo Trinidad terciando en la conversación.

—Un marinero necesita muchas veces esa frialdad... Sobre todo cuando debe imponer un castigo — replicóle el capitán mirándola fijamente.

Don Antonio clavó sus ojos en la muchacha, recriminándola, y seguidamente, volviéndose al capitán le preguntó:

—...Vuestra madre era irlandesa, ¿no?

—Noruega...

Don Diego era hijo de un mari-

nero vasco, pescador de ballenas por los mares escandinavos. Una vez éste vióse obligado a refugiarse en Trojem... Allí conoció y se enamoró de Frida, hija mayor de Magnus Olav de Christiansand, y se casó con ella. Después se murió su madre y su padre se volvió a casar, esta vez con una mujer vasca. Mari Antoní...

Un fuerte balanceo de la nave hizo oscilar los faroles del comedor y vertió el contenido de las jarras sobre la mesa. Acto seguido se oyó el ruido de un trueno. El capitán y los dos pilotos se levantaron inmediatamente.

—No se preocupen — dijo don Diego tratando de tranquilizar a los comensales—. Salimos del temporal y tendremos algunos golpes fuertes.

Y dando unas órdenes a los dos pilotos, pidió que le disculparan y se encaminó hacia el puente.

* * *

En la bodega de la nave, el Fugitivo y un marinero comían sentados sobre unos barriles.

—¡Qué porquerías!—dijo el Fugitivo mientras lanzaba al suelo el contenido de su plato— ¡Esto no se puede comer!

—Pues yo no lo encuentro tan malo.

—Porque tienes hambre... pero la carne de tiburón es asquerosa. Tendrías que probar los pescados que se crían en mi mar.

El marinero le preguntó, perplejo:

—¿Tu mar? ¿Cuál es tu mar?

El Fugitivo contempló al marinero con una sonrisa de superioridad.

—El que besa las costas después del estrecho. El que va a Tánez y a Argel.

El Fugitivo recordaba aquel mar, su mar. El mar de los tesoros de Cipango. El mar que los bergantines genoveses surcaban cargados de sederías. El mar que las naves venecianas cruzaban llevando en sus

bodegas el marfil, el oro y los perfumes de Oriente. El mar por el que navegaban las polacas turcas en donde asomaban los rostros de color de luna de las esclavas de Circasia.

—La carne de tiburón embota los sentidos—dijo el Fugitivo mirando al marinero con desprecio— Ve a buscar un poco de aquel ron que guardas tanto y te contaré la historia de Abdalá el Azul... y de Estrella, que fué esclava en Esmirna, amante de un sultán en Bassora y... ¡Ve, marinero, por el ron!

—No debo abandonar la guardia.

—Yo la haré por ti—dijo el fugitivo—. Si alguien pregunta diré que el tiburón te sentó mal.

El marinero se levantó y partió en busca del ron.

Era lo que deseaba el Fugitivo. Se alzó rápido y luego, quedamente, se acercó a la puerta tras la cual se encontraban reclusos los galvates. Contempló un momento las caras macilentas de los penados. Des-

pués dijo al que estaba más cercano:

—¡Mal os va por aquí, hermanos.

El aludido, que era Ponce el de Triana, respondióle:

—Mal. Ya han caído el viejo Pedro, José, el Vaez, el de Ayamonte y Ribas.

El Corzo intervino en la conversación:

—Para mí que el barco está mal-dito. Dicen que entre la marinería y el pasaje han muerto más de cuarenta.

El marinero, después de comprobar el descontento que entre los galeotes existía, creyó que había llegado el momento de poner en práctica el plan que se había trazado de antemano.

—Parte de la tripulación está también descontenta—dijo—y si todos me ayudáis, podríamos quitarle el mando al capitán y poner en su puesto al que convenga más.

Y seguidamente les explicó su

plan. Una puñalada a tiempo quitaría de en medio al capitán. El se encargaría de ello. Después, por sorpresa, se apoderarían del barco y él tomaría el mando.

En aquel momento se oyeron unos pasos en la escalera. El Fugitivo se apartó de la puerta al tiempo que decía a los dos galeotes:

—¡Marchaos! El marinero vuelve. ¡Y estad prevenidos!

El marinero, al llegar, lo encontró sentado en el tonel, como lo había dejado antes de partir.

—¡Aquí está el ron! ¿Hubo novedad?

—Sí. Me llamaron del puente—mintió el Fugitivo.

El marinero le ofreció un trago antes de que se marchara. Pero el Fugitivo lo rechazó.

—No. Yo no bebo nunca—dijo. Y desapareció por la escalera.

El marinero quedó desconcertado por la manera incomprensible con que se había conducido aquel hombre.

* * *

En cubierta, el capitán estaba dando órdenes a los marineros, mientras a lo lejos resonaba el fragor de la tempestad. En aquel momento, Trinidad pasó por delante de don Diego sin mirarle. El capitán, sonriendo, le llamó por su nombre:

—Trinidad.

Ella se volvió y, como si realmente hubiese sido sorprendida por la presencia del capitán, dijo:

—¡Ah! ¿Sois vos, capitán? No os había visto.

El capitán tenía la seguridad de que Trinidad, una vez hubiese cesado la lluvia, subiría a verle, y así había sucedido.

—Espero que me habréis perdonado.

—¿Perdonaros? — preguntó la muchacha—. Había pensado hacerlo, pero tengo muchas quejas de vos.

El rostro del capitán reflejó el asombro.

—¿Quejas? ¿Qué he hecho ahora?

Trinidad le recordó que el día anterior le había pedido agua y que él le había contestado con una sonrisa insoportable: "Mañana tendréis

toda la que queráis". Y aquella mañana había encontrado delante de su camarote un barril lleno de agua de mar.

—Metí la cabeza en el barril y tengo el pelo lleno de sal.

—Como las sirenas...

Y como Trinidad le invitara a comprobar la verdad de lo que decía, don Diego pasó la mano por el cabello de la muchacha.

—Jamás he tenido entre mis manos seda más fina—dijo el capitán al tiempo que soltaba la risa.

—No os riáis.

Trinidad se había enojado. El capitán cesó de reír.

—Ya estoy serio. ¿Me permitis ahora haceros una pregunta?

—Bueno. Hacedla—dijo Trinidad condescendiente.

—Cuando lleguemos a Río de la Plata, ¿querréis ser mi mujer?

Trinidad permaneció silenciosa unos instantes, después, mirando al capitán, le dijo muy bajo:

—Repetidlo otra vez.

El capitán cogió las manos de Trinidad entre las suyas.

—¿Quieres ser mi mujer?

—Sí—contestó, mientras sus dos cabezas se aproximaban.

* * *

En la balaustrada del alcázar de proa, doña Estrella contemplaba el horizonte. Había cesado la lluvia y el mar estaba encalmado. En el cielo de la noche alguna que otra estrella apuntaba tímida entre las nubes. Sin embargo, la dama más que contemplar el mar o las estrellas parecía embebida en sus propios pensamientos. Cuando más ensimismada estaba, sintió una voz no oída desde hacía mucho tiempo que le preguntaba:

—¿Van a Emíraa o a Bassora los pensamientos de la cautiva?

—¿Abdaál!—gritó doña Estrella, volviéndose rápida—. ¿Cómo llegaste aquí?

—Un marinero puede andar por su barco libremente.

—¿Qué quieres?—preguntóle la dama con el temor prendido en sus ojos—. ¿Por qué embarcaste en esta nao?

—Tú vas a las Indias y a las Indias me lleva la esperanza.

Doña Estrella miróle tristemente.

—¿Esperanza? La mía ha muerto para siempre. Ya no puede quedarnos ninguna a los dos.

—Mi amor será tu castigo—dijo el Fugitivo con pasión—, y yo iré donde vayas, recordándote las promesas, los juramentos que no supiste cumplir.

—Te creí muerto—replicó, como implorando su perdón, doña Estrella—. Huí de Bassora y un bergantín español detuvo al nuestro en las costas de Argel... Pasé varios años en un convento de Sevilla y allí aprendí la verdadera religión en la que hoy creo.

—¿Calla!—gritó lleno de ira el Fugitivo.

Pero doña Estrella continuaba:

—Me prohibió una noble dama y a su muerte heredé su nombre y su fortuna. Me casé, no por amor, que siempre ha sido tuyo, sino buscando en una vida nueva la tranquilidad que nunca tuve.

Se descorrió la puerta que comunicaba con la pequeña galería del alcázar y apareció en su umbral don

Antonio, sin que se dieran cuenta ni doña Estrella ni el Fugitivo. El caballero iba a decir algo, pero al oír la voz del desconocido, se detuvo.

—Y yo te busqué por todas partes—decía el Fugitivo—. Gasté en ello mi juventud y mi fortuna y un día, cuando rogaba a Alá que te amparase, bajo los arcos de la vieja Mezquita de Córdoba te vi pasar.

Las palabras del Fugitivo, llenas de amor, de un amor que no pudieron vencer los años, sonaban en el corazón de doña Estrella con el mismo fuego que un día lejano había prendido en lo más hondo de sus sentimientos. Aquel amor, el único de su vida, no había muerto, sólo estaba adormecido. Y ahora volvía a despertar.

—Tus ojos se clavaron en los míos—dijo la dama.

—Los tuyos se clavaron en mi alma...

Los ojos de don Antonio brillaron de furor.

—¡Estrella!—gritó fuera de sí.

El Fugitivo y doña Estrella se volvieron rápidos. Don Antonio, con el rostro desencajado, avanzó unos pasos. Pero no muchos. El Fugitivo se había llevado la mano al cinto y sacando de él un puñal lo había hundido en el pecho de don Antonio.

—¡Estrella! Pide auxilio—gritó el caballero, herido de muerte.

Pero el Fugitivo gritó imperativo a Estrella:

—¡Calla! — mientras recogía del suelo el cuerpo del herido y lo lanzaba por la borda.

Doña Estrella ahogó un grito de horror.

—¡Calla! — volvió a gritarle el desconocido—. ¡Calla!

Pero no tuvo que repetirlo más. La dama se había desmayado.

* * *

En el camarote del capitán don Diego comentaba con fray José el extraño accidente ocurrido a don Antonio. Según había explicado doña Estrella, su esposo se había caído al mar en uno de los banderos que había dado la nave.

—Este castillo de popa hace ca-beccar mucho la nao—decía el capitán—. Don Antonio tenía pocas fuerzas y no es extraño que un bandazo...

—La habéis tomado con el castillo de popa—dijo el padre Aspi-

zu al tiempo que se levantaba para dirigirse al camarote de doña Estrella—. ¡Quiera Dios que no nos haga falta todavía!

Pocos momentos después fray José penetraba en el camarote de la dama:

—Me he permitido venir por si acaso tenía necesidad su merced de mis consejos o de mis auxilios.

—Yo os lo agradezco mucho, fray José.

Luego de ofrecerle asiento y tras un momento de duda, doña Estrella preguntó al padre Aspiazu:

—Os tengo que consultar una idea que me atormenta.

—¿Que os atormenta?—dijo fray José extrañado—. No comprendo.

—Quisiera saber si las almas que mueren sin confesar se condenan.

La pregunta cogió por sorpresa

a fray José. Y era, además, muy delicada, muy difícil de contestar.

—Yo, señora, en mi calidad de amigo, no me atrevo a responder... sería necesario conocer el caso concreto. Tendrá infinidad de matices y la misericordia de Dios es inmensa. En fin, señora, yo no puedo iluminaros.

Doña Estrella permaneció inmóvil, con la cabeza baja. Después, lentamente, levantó la cabeza y mirando a fray José, dijo:

—Quiero confesarme.

—Pero me habíais dicho...—alegó el padre Aspiazu—. En fin, os escucho.

Doña Estrella se arrodilló frente a fray José, mientras éste le pedía:

—Decid conmigo... me confieso a Dios Todopoderoso...

* * *

En el camarote de Trinidad, el capitán don Diego hablábale sin mirarla:

—Yo, Trinidad, quiero hacer por vosotras cuanto me sea posible... Aunque no estuviera enamorado de ti, habría de proceder como amigo de don Antonio y de caballero.

—Te creo. Eres el único capaz de protejernos después de la des-

gracia. Las relaciones con mi madrastra no han sido nunca muy buenas y ahora, muerto mi padre, nos encontramos completamente solas y tendremos que volver a España.

—¿No quieres continuar en mi barco?

—Sí—dijo Trinidad—. Pero, ¿y Leonor?

Para don Diego, Leonor no era un obstáculo.

—Mi primer piloto la quiere...

—¿Y ella?

—No lo sé, pero aunque no se celebre ese matrimonio, puede seguir contigo, ya que ha de ser también hermana mía. —Luego, mirando a Trinidad, el capitán le preguntó: ¿Quieres que nos casemos en el barco?

La muchacha le miró un momen-

to, sorprendida, y después, casi en un susurro, dijo:

—Sí.

El capitán la estrechó contra su pecho y le dijo:

—Gracias, Trinidad. Mañana cruzaremos el Ecuador. Dejaremos pasar este día y dos después se verificará la boda. ¿Estás conforme?

Y Trinidad, con los ojos anegados en lágrimas, dijo, ocultando su cabeza en el pecho de don Diego:

—Lo que tú quieras.

* * *

Los tripulantes y pasajeros de la nao "Capitana" celebraban el paso del Ecuador. Mientras los marineros se divertían disfrazándose, como el buen Fortán convertido en un dios Neptuno, los emigrantes y los galeotes cantaban, tocaban instrumentos de cuerda o bailaban. La alegría era general y el vino corría en abundancia. Aquí danzaba una pareja de valencianos. Allí eran unos catalanes bailando una sardana. Acullá una pareja de aragoneses. Y luego otra de vascos. Y otra de castellanos. Y al final, dos andaluces. Los faroles, colgados de las velas, engalanadas con banderas, iluminaban la cubierta. El vigía, en su

puesto, cantaba una jota. Frasco de Fuenterrabía, en el timón, tocaba el chistu con una mano y el maestro Barroso hacía sonar las notas dulzonas de una gaita gallega. Rui Gutiérrez, sobre un barril, pidió silencio.

—¡Señores! ¡Señores! ¡Un momento!—y cuando las parejas cesaron de bailar y se acallaron las músicas, añadió—: Aquí, mi señora doña Mari Aldonza, de Valladolid, sabe un bonito romance que podríamos cantar todos juntos. Así descansaremos un poco y beberemos unos jarros a la salud de España. ¿No os parece?

—¡Venga un romance!—gritaron varias voces.

Entonces la llamada Mari Aldonza, llegando hasta el centro del grupo, empezó a cantar:

—¡Tralalá! ¡Tralalá! cantaba la niña...

¡Tralalá! ¡Tralalá! cantaba al lavar...

Pronto el estribillo era coreado por todos los presentes:

—¡Tralalá! ¡Tralalá! lloraba el molino...

¡Tralalá! ¡Tralalá! lloraba al rodar...

La animación era enorme. Algunos se habían levantado y bailaban al son del estribillo, y mientras todos los instrumentos sonaban coreando la canción, se bebía el vino en grandes jarras que pasaban de mano en mano. De pronto, cuando la algarabía era mayor, se oyó una explosión que sacudió la nave desde proa a popa.

—¡Vela a estribor!—gritó el vigía desde su puesto.

Efectivamente, en la noche clara se veían desplegadas las velas de un navío corsario.

En la cubierta la confusión era enorme. Una vela se había desprendido con el disparo. En el suelo yacían dos o tres heridos. Los marineros, sin preocuparse del desorden de emigrantes y galeotes, corrían

hacia la borda. Maestre Barroso opinaba que el navío atacante era el "Fortune's Favourite", pero un marinero viejo decía ser el "Miñoña" o el "Buchentero". El capitán daba órdenes a la tripulación:

—Tomad el mando del puente—decía a Villalba—. Tú, Coutiño, y tú, al entrepuente. ¡Maestre Barroso! Ocuparos de la culbrina de proa. —Y luego, volviéndose a los demás, añadió—: ¡Todo el mundo a sus puestos!

El grupo de emigrantes y galeotes, asustado, atendía a los heridos. El capitán les llamó la atención:

—¡Oídmelos! Un barco pirata nos ataca. El que quiera defender nuestro pabellón que se presente a los pilotos para que le den armas. Las mujeres deben bajar al entrepuente y no salir de allí. —Después, dirigiéndose a un grupo de marineros, añadió—: ¡Riojano! Miguel, Ascoitia... ¡Despejad la cubierta!

Mientras la cubierta era despejada conforme había ordenado el capitán, Trinidad y Leonor, saliendo del alcázar de popa, se acercaron a don Diego que estaba dando órdenes a los marineros:

—¡Larga las alas de mayor! ¡Larga las de gavia y arría la canchreja!—gritaba con voz enronquecida.

—¡Diego!—dijo Trinidad.

El capitán volvióse al ser llamado.

—Nos atacan, Trinidad. Vete a la cámara del centro donde están las mujeres.

—¿No puedo quedarme contigo? —suplicó la muchacha.

—No, Trinidad. Anda. Lleva a tu hermana al entrepuente.

—Pero... —objetó Trinidad, resistiéndose.

—¡Obedece! —gritó el capitán. Y luego, más dulcemente, añadió: Por favor, Trinidad. ¡Es tu vida y la mía! ¡Es la vida de todos!

Trinidad miróle con cariño, comprendiendo las razones de don Diego.

—Perdóname — y besándole en una mejilla, añadió: Que tengas suerte, capitán.

Después que Trinidad y Leonor se hubieron retirado de cubierta, preguntó a Frasco de Fuenterrabía que se encontraba aferrado al timón:

—¿Es ese tu conocido de las Bahamas?

—Creo que sí. Allí se escapó en las aguas bajas.

—Pues ahora él o yo tenemos que medir el fondo. ¡Orza a estribor!

No bien el capitán había dado la orden, resonó un cañonazo y, seguidamente, el silbido de una bala que caía al mar. El buque corsario no

había tenido muy buena puntería, afortunadamente. Por toda respuesta, maestro Barroso aplicó el estopín a la cujebrina de proa al tiempo que gritaba:

—¡Buen viaje! —mientras seguía con la mirada la dirección de la bala que partía en busca de la nave pirata.

Maestro Barroso sí que había tenido buena puntería. La pieza había desmontado un cañón del adversario. La "Capitana" ahora maniobraba a las órdenes del capitán. Se habían abierto las portas de los cañones y éstos, servidos por marineros, emigrantes y galeotes, estaban prestos a disparar. Y cuando el piloto Villalba dió la voz de fuego, las baterías sonaron al unisono. El entrepuente se había llenado de humo. E inmediatamente los servidores volvían a cargarlas.

Un disparo adversario había descajado una vela que en parte caía sobre el timonel. El capitán y dos marineros acudieron en su ayuda.

—No fué nada —dijo Frasco de Fuenterrabía, mientras se desembarazaba con la ayuda de aquéllos del lío de telas, cuerdas y palos rotos que le aprisionaban.

Poco después volvía a oírse la explosión de las piezas de la "Capitana". Aquella vez los cañones ha-

bían hecho un buen blanco; habían desarbolado de mesana al buque pirata.

—Eso va bien—dijo Frasco que había vuelto a recoger el timón.

Un nuevo disparo de la nave corsaria había hecho blanco en la "Capitana", y esta vez, al parecer, con muy buen tino, desgraciadamente. En el interior de la nave sonaban gritos y lamentos.

—¿Qué ha sido? — preguntó el capitán con ansiedad.

—Tres muertos, cinco heridos.

dos cañones desmontados — respondióle Villalba.

Afortunadamente las averías habían sido pocas: una cuaderna partida y dos tablas del ferro; además, no había peligro de que la nave se hundiera, pues el disparo había dado a más de vara y media por encima de la línea de flotación.

Las dos naves iban acercándose poco a poco.

—Repartan arcabuces al pasaje y a los tripulantes—gritó el capitán en previsión de que el abordaje tuviera lugar.

* * *

En el camaranchón del entrepuente estaban reunidas las mujeres. El susurro de las voces se mezclaba con algún que otro lamento. Leonor y Trinidad, abrazadas en un rincón, hablaban quedamente. A lo lejos, sonaba el fragor de la lucha.

—Escucha, Trinidad—decía Leonor mirando a su hermana— Yo también quiero casarme.

—¿Con el piloto Villalba? Me lo figuraba...

Peró no era con el piloto con quien Leonor se quería casar. Era con otro hombre al que ella tenía por el más valiente y el más desgraciado de la tierra. Así se lo dijo a su hermana.

—¿Y quién es? ¿Está en el barco?—preguntó ésta, extrañada ante la negativa de Leonor.

—¡El Fugitivo!

—¡Leonor! — dijo Trinidad, mirándola con asombro.

—Cuando el capitán le condenó al cepo sentí mucha lástima por él. Le llevaba la comida...

—¿Y os habéis vuelto a ver, después, cuando ya estaba libre?

Leonor miró a su hermana con una expresión de tristeza en su semblante.

—Sí. Nos hemos visto—y luego, con los ojos llenos de lágrimas, prosiguió—: Y él no me quiere, Trinidad. Huye de mí.

* * *

Las explosiones de los cañones de las dos naves continuaban resonando en la noche. Sin embargo, doña Estrella, ajena por completo a la batalla, embebida en sus propios pensamientos, estaba en el ventanal del castillo de popa con la mirada perdida en el mar. En su interior resonaba todavía la voz de Abdalá, el Fugitivo. Sus palabras eran las mismas de la otra noche, la noche en que le había hablado por primera vez desde hacía muchos años.

—¿Van a Esmirna o a Bassora lo pensamientos de la cautiva?

Abdalá la amaba, la amaba inter-

samente, con aquel amor de que sólo eran capaces los hombres de su raza. Y ella también, a pesar de todo.

—Tus ojos se clavaron en los míos...—dijo en voz baja la morisca.

Y le pareció que la voz del amor le contestaba:

—Los tuyos se clavaron en los míos...

Estas fueron las últimas palabras que habían de percibir sus oídos. Una andanada del corsario hacía volar en pedazos el magnífico alcázar de popa y, con él, el cuerpo y la vida de doña Estrella.

* * *

Emigrantes, galeotes y marineros, protegidos detrás de la borda, disparaban sus arcabuces. Junto a ellos, el Moya tomaba apuntes de la batalla. Pero no por mucho tiempo, pues una bala enemiga, poco después, le hería de muerte y le hacía colorear en sangre su último dibujo.

Mientras tanto, el Fugitivo, armado con un arcabuz y seguido de

tres galeotes, avanzaba escondiéndose entre los barriles de la cubierta.

—Hay que acabar con el capitán, con los pilotos y con el timonel—decía el morisco.

—Y si nos descubren nos costará la vida—replicó el Corro, que era uno de los cuatro galeotes.

—Y si no también. Os desembarcarán en la Tierra de Fuego y el

frio os matará a todos. ¡Dejadme a mí!

Y separando al Corzo de un matanero, se arrodilló detrás de un barril presto a disparar su arcabuz. Pero Fortún, tumbado sobre la borda, pues estaba herido, había oído la conversación de los rebeldes. Arrastrándose sin hacer ruido por la cubierta, trató de acercarse a don Diego que se hallaba a poca distancia de los sublevados.

—La primera bala para el capitán—murmuró el Fugitivo, al tiempo que disparaba su arcabuz.

La bala se incrustó en la madera, junto a donde estaba don Diego. Este y maestro Barroso, que se encontraban junto a él, se volvieron rápidos, asombrados de que estando el buque corsario frente a ellos, pudiese llegarles una bala por la espalda.

—¡Capitán, capitán!—gritó Fortún, arrastrándose por el suelo—. El Fugitivo quiere apoderarse del barco. Le ayudan tres galeotes.

—¿Dónde están?—preguntó don Diego.

—Detrás de aquellos barriles. Junto al palo mayor.

—Llama al primer piloto y...

Pero el capitán no pudo terminar de dar la orden a maestro Barroso. Un nuevo disparo del Fugitivo había hecho blanco en el hom-

bro de don Diego, que se llenó de sangre. Este vaciló unos momentos y luego cayó pesadamente al suelo.

—¡Capitán... capitán!... —gritó maestro Barroso, acercándosele.

—¡Corre! Avisa a Villalba. No digas que me han herido... ¡Cogerlos! ¡Cogerlos!

Y al tiempo que el capitán, después de pronunciar estas palabras, perdía el sentido, sonaba una andanada de la "Capitana" y, poco después, el vigía, desde la cofa del palo mayor, gritaba loco de alegría:

—¡Ha explotado! ¡Ha explotado! ¡Se inclina a babor!

Efectivamente, la nave corsaria caía sobre uno de sus costados. La batalla había concluido. Pero no la sangre. El Fugitivo acababa de disparar y Frasco, el timonel, con la frente horadada caía sobre cubierta, aunque sin soltar el timón que sostenía en sus crispadas manos.

El maestro Barroso, acompañado de Rui Gutiérrez, de Martín, el estudiante de Salamanca, y de varios emigrantes, se acercaba en aquel momento en dirección al grupo que formaban el Fugitivo y los tres galeotes, sin que éstos se dieran cuenta. Y antes de que el Corzo pudiese disparar sobre el segundo pilo-

to, al que tenía encañonado, cayeron aquéllos sobre los sublevados y, después de encarnizada lucha, lograron reducirlos.

Mientras tanto la nave corsaria

terminaba de hundirse en el mar. Aquí y allá flotaban cadáveres, barriles, polcas, pedazos de madera... Hacia Oriente, un rojo sol emergía del horizonte.

* * *

En el camarote de don Diego, el piloto Villalba hacíale entrega de la bandera corsaria que los marineros habían rescatado de las olas para su capitán. Este estaba con el pecho vendado, tendido sobre su jitera. A su alrededor se agrupaban, además del piloto, fray José, maestro Barroso, el cirujano Conchillos, Trinidad y Ruiz Gutiérrez.

—Le gustará al almirante entregársela al rey—decía; y luego, dirigiéndose a Trinidad, que estaba sentada a su lado, le preguntó: ¿Y tu hermana? ¿Y doña Estrella?

La muchacha, con los ojos llenos de lágrimas le miró tristemente y no acertó a contestarle. El padre Aspiázu le relató brevemente la desaparición de doña Estrella. El capitán acarició las manos de Trinidad y la contempló con una inmensa ternura.

—Dios ha querido que vaya a reunirse con mi padre—dijo la muchacha bajando los ojos.

El piloto Villalba solicitó entonces de todos los presentes que le dejaran a solas con el capitán, pues tenían que tratar de asuntos de importancia. Todos abandonaron el camarote, no sin que antes don Diego pidiera a Trinidad que volviera luego a su lado.

Una vez solos, el capitán preguntó a Villalba:

—¿Los cogisteis?

—Sí—dijo el piloto—. El maestro Barroso los sorprendió cuando disparaban contra el segundo piloto.

—¿Cuántos son?

—Cuatro. Espero vuestras órdenes para juzgarlos.

El capitán hubiera sido partidario de entregarlos a las autoridades del Plata, pues así hubiera evitado un nuevo horror a las dos hijas de don Antonio, pero tratándose de un acto de piratería, aquéllas desaprobaban su conducta. Así es que optó por abrir un proceso y juzgar

a los traidores. Y acto seguido ordenó al piloto que junto con fray José y Rui Gutiérrez tomara las oportunas declaraciones.

* * *

Al alba del siguiente día, la nao "Capitana" se mantenía al paio en medio del océano. El trompetero llamaba a zafarrancho, mientras dos marineros hacían redoblar sus tambores sobre cubierta.

Por la puerta del castillo de popa aparecieron el capitán, vestido con el uniforme de gala de la armada real, el piloto Martín Villalba y Rui Gutiérrez, y se dirigieron hacia el centro de la cubierta donde había sido colocada una gran mesa recubierta con la bandera de combate de la nave "Capitana". Cerca de ella les esperaba el padre Aspiázu.

Al llegar el capitán cerca de la mesa, desenvainó su espada y la colocó junto a un crucifijo que había en ella. Luego, junto con el piloto y Rui Gutiérrez, se sentó detrás de la mesa, al tiempo que cesaba el redoble de tambores. Una vez aplacados los murmullos de la gente congregada en la cubierta, dijo el capitán con voz segura:

—Jefes, marineros y pasaje. Oíd. Vamos a proceder en nombre de

Dios, de España y del Rey. Por eso están aquí el crucifijo, los Santos Evangelios, la bandera y mi espada. Se ha descubierto una conspiración. Los conjurados trataban de asesinar a mí y a todos los jefes de la nao y dedicar el barco a la piratería. Ahora vamos a juzgarlos en juicio público para que todos conozcan la justicia que hacemos con los traidores. —Y luego de preguntar al piloto Villalba y a Rui Gutiérrez si se consideraban con suficiencia para juzgar en aquella causa, y contestarle éstos afirmativamente, añadió—: Queda el Tribunal constituido por mí, capitán de la nao, en representación del Rey; por Rui Gutiérrez, que representa aquí a todos aquellos que en los campos de España labran la tierra y echan la semilla al surco; por Martín Villalba, que representa y juzga en nombre de los que en el mar llevan nuestro pabellón a los confines más lejanos del mundo...

Seguidamente fray José tomó juramento a los miembros del Tribu-

nal. Estos juraron, poniendo la mano sobre las Sagradas Escrituras, juzgar con arreglo a su conciencia. Después el capitán ordenó al maestro Barroso que trajese a su presencia los presos.

Poco después, por la puerta que comunicaba con el entrepuente, medio destrozada por una bala, apareció el Fugitivo, seguido de los galeotes Francisco Ponce, Isidro de Retes y Felipe, el de Córdoba. Les precedía el maestro Barroso y les seguían varios marineros.

Los galeotes se acercaron lentamente a la mesa del Tribunal. Llevaban grillos en los pies y las muñecas atadas con cadenas.

Una vez en la presencia de los juzgadores, don Diego indicó al viejo castellano:

—Rui Gutiérrez. Podéis empezar.

El campesino se levantó y, dirigiéndose a los sublevados, dijo en alta voz:

—Francisco Ponce...

El aludido, al oír su nombre, se tiró de rodillas al suelo.

—¡Perdón!—suplicó.

Pero Rui Gutiérrez continuó sin inmutarse:

—Estáis convicto y confeso de traidor a la Patria. Intentasteis apoderaros de la nao "Capitana", precisamente cuando todos luchá-

bamos contra los enemigos de España y de la humanidad: los piratas.

—¡Perdón... perdón!—gritó nuevamente Francisco Ponce.

Rui Gutiérrez continuó sin hacer caso de las súplicas del rebelde.

—Isidro de Retes. —El nombrado, con el ceño fruncido, permaneció inmóvil—. Convicto y confeso de traición. Los mismos delitos que el anterior.

Luego el castellano llamó por su nombre al tercero que, tembloroso, hacía restregar las cadenas que le aprisionaban.

—Felipe, llamado el Corzo, también convicto y confeso de los mismos delitos.

—¿Qué pena merecen a vuestro juicio, Rui Gutiérrez?—preguntóle el capitán.

La voz del castellano no tembló al pronunciar su veredicto:

—La de muerte.

—¿Y el vuestro, Martín Villalba?—dijo don Diego.

El piloto no titubeó:

—La de muerte.

—El mío también la de muerte. Escribidlo y que lleven a esos hombres a la prisión—dijo el capitán.

Luego que los tres galeotes, conducidos por el maestro Barroso, desaparecieron de cubierta, don Diego pidió al Fugitivo que se

acertase. Luego, volviéndose al castellano, le dijo:

—Leed, Rui Gutiérrez.

El castellano empezó a leer los cargos que pesaban contra el cabecilla de la rebelión.

—El llamado Fugitivo, sin nombre, traidor a la Patria...

El rostro del rebelde se contrajo de ira.

—¡Mientes, viejo!... ¡Yo no soy traidor!

—¡Traidor!—repitió don Diego, remachando la palabra.

—¡Mientes, capitán! — volvió a decir el Fugitivo.

Un largo rumor corrió la insolencia del rebelde. Don Diego se levantó con rapidez y pareció, por un momento, que iba a lanzarse sobre el Fugitivo, pero reprimiendo su impulso, se contuvo y volvió a sentarse.

—Seguid leyendo, Rui Gutiérrez.

—Pretendió apoderarse de la nao "Capitana"—prosiguió el castellano—; disparó dos tiros de arcabuz contra el capitán hiriéndole en un hombro y mató al timonel Frasco de Puerterrabia. Todo ello durante el combate contra los piratas.

El Fugitivo, sin perder su aplomo habitual, replicó:

—Todo eso es cierto, pero no lo soy de traidor. Yo no soy de vuestra Patria.

—¿Y cuál es tu patria? ¿Cuál es tu nombre? ¿Quieres decirlo?—preguntó el capitán.

—No — dijo despectivamente el Fugitivo.

—Está bien—el capitán prefirió no insistir.

Luego le preguntó si tenía algo que pedir.

—Sí. Ya no hace falta seguir fingiendo. Quiero despedirme de Estrella.

—Doña Estrella murió durante el combate.

La noticia dejó anonadado al Fugitivo. Miró un momento, sin expresión, al Tribunal. Luego pareció como si su energía desapareciera: bajó su cabeza, el fulgor de sus ojos se fué apagando y, por fin, doblando las rodillas, cayó al suelo.

—¡Muerta! ¡Estrella muerta!

Don Diego se levantó para pronunciar la sentencia del Tribunal.

—En nombre del Rey yo condeno a este hombre a la pena de muerte...

—¡No!—gritó una voz de mujer que se abrió paso entre los marineros y emigrantes—. ¡No le matéis! ¡El no hizo nada! ¡Por mí, capitán! ¡Por el cariño que tenéis a mi hermana!

Era Leonor. Pronto estuvo al lado del Fugitivo y se arrodilló jun-

to a él. Pero éste no permitió que la muchacha le tocara.

—Vete, Leonor. Vete de aquí. Yo te odio. Os odio a todos como cristianos y como españoles.

La pobre niña le miraba horrorizada. Aquellas palabras estaban destrozando su alma. Sintió a Trinidad que, cogiéndola en brazos, la apartaba de aquel hombre al que había amado hasta entonces.

—¿Queréis saber mi nombre? —decía el Fugitivo—. Oídlo: Yo soy Abdalá-ben- Ismail "El Azul", descendiente de los Reyes de Granada. Matadme como matasteis a los míos, pero con mi último suspiro irá mi maldición.

Leonor ocultaba el pecho en el

rostro de su hermana. Aquello era superior a sus fuerzas.

—Vete, Leonor... — oyó como le gritaba el morisco—. Yo maté a tu padre porque me robó el cariño de Estrella. ¡Estrella era mía! ¡De mi raza! ¡De mi religión! ¡Y tú pensaste que te quería a ti! ¡Española! ¡Cristiana! ¡Era a ella! ¡Era a ella!

Pero el capitán, dándose cuenta del suplicio que representaba para la pobre niña oír las palabras del Fugitivo, ordenó a maestro Barroso:

—Conducid a ese hombre al sellado. Con el alba se cumplirán las sentencias. Jefes, marineros, pasaje, el juicio ha terminado.

El redoble de un tambor se mezclaba con el canto de los pilotines que anunciaban el alba. Dos marineros tiraban con fuerza de una cuerda en la que iba izado el cuerpo de un ahorcado. Era el tercero. Y ahora le tocaba el turno al último de los condenados, al Fugitivo.

Fray José, que le acompañaba, trataba inútilmente de ganar aquella alma para el Cielo. Le habló de Estrella, le recordó que la morisca era cristiana. Le dijo también que se había confesado dos días antes de morir y que sólo pensaba en su conversión.

—¿Creías que ella irá a vuestro cielo? ¿Al cielo de los cristianos? —preguntóle el Fugitivo.

—Sí. Y su Dios quiere llevarte a ti también.

El morisco bajó la cabeza. Se acercaron dos marineros y le ataron las manos. Otro colocó en su cuello el nudo escurridizo. Luego

se hizo un silencio impresionante. De repente, el Fugitivo levantó la cabeza y dijo:

—¡Padre!... Quiero ser cristiano...

—¿Y te arropientes de todos tus pecados?—preguntóle Fray José.

—Sí—dijo el fugitivo.

—¿Y crees y confías en ese Dios misericordioso al que tanto odiabas?

—Sí—dijo humildemente el condenado—. Confío y creo en él.

El padre Aspiázu le miró un momento. Luego se acercó a un barril lleno de agua y, cogiendo una poca con las manos, la echó sobre la cabeza del Fugitivo mientras decía:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Pocos instantes después, un redoble de tambor anunciaba que se había cumplido la sentencia de muerte en la persona del Fugitivo.

* * *

La nao Capitana, navegando con las velas desplegadas, avistaba ya las costas americanas.

En el camarote del capitán, Fray José ofrecía a don Diego y a Trinidad, en sendos vasos, el licor contenido en una botella que el prior del Convento de Sevilla le dió para obsequiar al patrón de la nave cuando en el horizonte se divisara tierra de las Indias.

Una vez hubieron brindado por España, Fray José preguntó al capitán:

—Bien. Ahora hablemos de nuestros proyectos. Yo voy a hacer una excursión por el río Paraná con los indios Chiriguano. ¿Y vosotros?

Don Diego pensaba seguir hasta Manila y allí esperar órdenes de España.

—¿Solo?—le preguntó Fray José, sonriendo.

—Sí—dijo Trinidad—. Yo no puedo abandonar a Leonor.

—Pero eso es una locura—

El padre Aspiázu habíase hecho la idea de casar a don Diego y a Trinidad en el convento de Santa Fe.

—Leonor ha sufrido tanto en este barco que no puede continuar en él.

—¿Y si yo hablara con ella?

—Sería inútil—dijo Trinidad—. Quiere quedarse en Río de la Plata.

—Podemos intentarlo.

A Fray José, que durante el viaje había salvado dos almas, le parecía más fácil hacer la felicidad de otras dos.

—Gracias, Fray José—don Diego deseaba con toda el alma que el buen fraile no fracasase en su empresa—. Ahora venid conmigo. Voy a hablar a la tripulación. ¿Se han portado tan bien con la nao Capitana?

* * *

Desde lo alto del puente, el capitán, acompañado de Fray José y de Trinidad, hablaba emocionado a los marineros, emigrantes y galeotes que se apiñaban sobre cubierta.

—Escuchadme, amigos. Ya están cerca las costas de las Indias y quiero despedirme de vosotros. Luego las faenas marineras no me dejarán tiempo. A vosotros, marineros de mi nao, os doy las gracias por vuestro comportamiento, por vuestro esfuerzo en las tormentas y el combate. A vosotros, emigrantes, campesinos de toda España, huertanos, hombres de oficio, que traéis a las Indias vuestro saber, que Dios os ayude a hacer esta tierra rica para el bien de España. Y a vosotros, galeotes, que salisteis de la Patria con el peso de una cadena, yo os devuelvo en nombre del Rey la libertad por vuestro comportamiento durante la lucha con el pirata. Y para que la falta de medios no os haga caer nuevamente, en nombre del Rey os en-

tregaré a cada uno cincuenta doblones.

Al oír la noticia de su libertad, Martín, con los ojos llenos de lágrimas, gritó:

—¡Viva el Rey de España!

El grito fué secundado por todos los presentes. Luego otras voces dieron vivas al capitán don Diego y a la nao Capitana. Los ojos de Trinidad se clavaron en los del capitán al tiempo que le tendía las manos.

—Me parece que me salgo con la mía. Os casaré en el Convento de Santa Fe. ¡Mirad! —dijo Fray José al capitán mientras señalaba a Leonor y al piloto Villalba que, apoyados en la borda, platicaban animadamente—. No sé por qué me parece que Leonor seguirá con vosotros hasta Manila.

Y mientras don Diego y Trinidad dejaban de mirar a la borda para abrazarse, Zalabardo, el espadachín, preguntaba al estudiante

L A N A O C A P I T A N A

de Salamanca que hacía correr la pluma sobre un papel:

—¿Qué escribis, estudiante?

—Le doy la bienvenida a esas tierras — y le señalaba las costas de América que se divisaban a lo lejos.

Zalabardo se quitó el sombrero.

—¿Qué os pasa? — preguntóle el estudiante.

—Me acuerdo del Moya — dijo con la voz trémula de emoción—. El hubiera hecho un gran dibujo de estas playas.

—Si os pueden consolar unos versos... Yo los dedico a la memoria de vuestro amigo el pintor.

Zalabardo le miró agradecido. Martín, entonces, levantando el pa-

pel que tenía entre sus manos, empezó a leer:

—Costas de la tierra nueva...
Playas del mar de la Plata
que don Pedro de Mendoza
ganó para el Rey de España...

Y mientras la Capitana, impulsada por el viento, enfilaba la costa americana, el estudiante seguía recitando los versos de su romance:

—A enseñarte nuestra lengua,
a fundir el alma con alma,
a legarte nuestra historia;
—velas blancas de esperanza—
por la ruta de las Indias
llega a ti la Capitana.

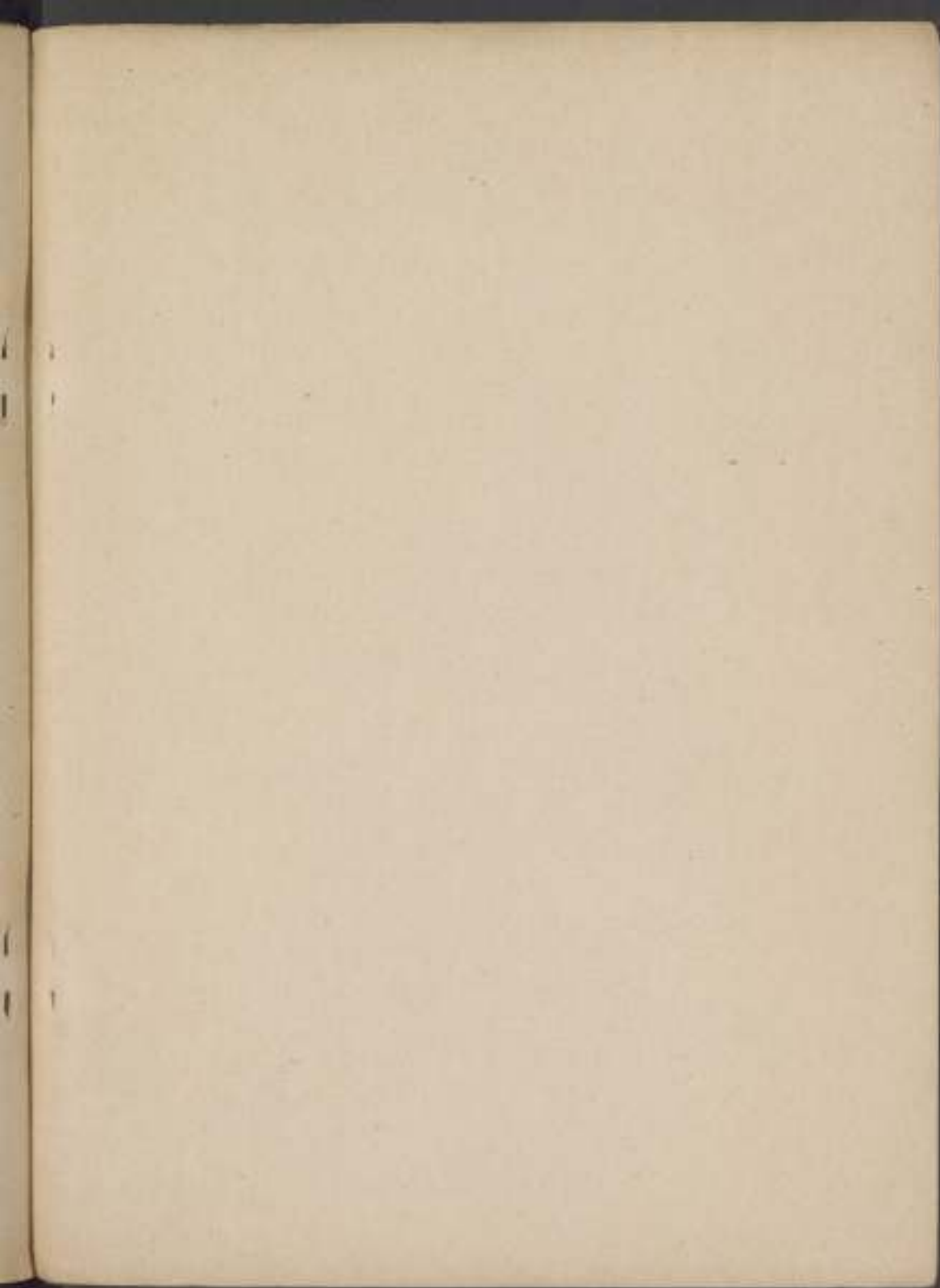
F I N

1.ª Lista de material para la temporada de 1947-48

de SUEVIA FILMS — CESAREO GONZALEZ



TITULOS	Dirección	ARTISTAS
LA FE Drama	Rafael Gil	Amparito Rivelles Rafael Durán Juan Espantaleón Guillermo Marín Camino Garrigó F. Fdez. de Córdoba
Principio o fin Drama	Norman Taurog	Brian Donlevy Robert Walker Tom Drake
RAMROD Drama	Andre De Toth	Joel Mac Cris Veronica Lake Donald Crisp Preston Foster
Sucedió bailando Comedia	Robert Z. Leonard	Norma Shearer Melvyn Douglas Gail Patrick
Huellas femeninas Comedia	Van Dike II	Rosalind Russell Don Ameche Ray Francis
Lucha contra el crimen 1.ª jorn.: Emisarios de Ultratumba 2.ª Id. Jugando con la Muerte Aventuras	Ray Taylor y Noel Smith	Kent Taylor Irene Hervey Ralph Morgan Robert Armstrong
Maria Magdalena (Pecadora de Magdala)	Miguel Con- treras Torres	Moda de Novara Luis Alcúzar
Dibujos en negro 4 asuntos de un rollo		





Cadizta T. G. J. 2012
Pratenseña, 22 - Barcelona